



Naciones Unidas

Asamblea General

Quincuagésimo período de sesiones

25^a sesión plenaria

Lunes 9 de octubre de 1995, a las 15.00 horas
Nueva York

A/50/PV.25

Documentos Oficiales

Presidente: Sr. Freitas do Amaral (Portugal)

En ausencia del Presidente, el Sr. Kittikhoun (República Democrática Popular Lao), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Se abre la sesión a las 15.15 horas.

Tema 9 del programa (continuación)

Debate general

El Presidente interino (*interpretación del francés*):

El primer orador es la Ministra de Relaciones Exteriores de Haití, Su Excelencia la Sra. Claudette Werleigh.

Sra. Werleigh (Haití) (*interpretación del francés*): A pocos días del 15 de octubre de 1995, primer aniversario del restablecimiento del proceso democrático en Haití, me es grato saludar, en nombre del Gobierno y del pueblo haitiano, a la comunidad internacional aquí reunida y formular votos porque las Naciones Unidas, que desempeñan un papel cada vez más determinante en la existencia de nuestros pueblos, tengan larga vida.

Quisiera hacer llegar mis más calurosas felicitaciones a Su Excelencia el Sr. Diogo Freitas do Amaral, de Portugal, en ocasión de su elección a la Presidencia de la Asamblea General en su quincuagésimo período de sesiones, así como mis mejores votos por su éxito en el ejercicio de sus importantes funciones.

Asimismo, deseo rendir un merecido homenaje a Su Excelencia el Sr. Amara Essy, Ministro de Relaciones Exteriores de Côte d'Ivoire por el tino y la sabiduría de que hizo gala en la conducción de los trabajos del cuadragésimo noveno período de sesiones.

Permítaseme asimismo felicitar al Sr. Boutros Boutros-Ghali por su eficacia como Secretario General de nuestra Organización. Merced a su profundo conocimiento de los asuntos y las propuestas que ha presentado en las publicaciones "Un programa de paz" y "Un programa de desarrollo", ha aportado una contribución significativa a las reflexiones sobre la reforma de las Naciones Unidas, con el fin de tornarlas más capaces de responder a los desafíos del siglo XXI.

El actual período de sesiones de la Asamblea General se celebra mientras conmemoramos el cincuentenario de la fundación de las Naciones Unidas. Más que cualquier otro, este período de sesiones constituirá un hito en la historia de la Organización, en razón de las reflexiones acerca de su futuro que este aniversario forzosamente nos inspira.

Han transcurrido 50 años desde que 51 Estados, entre ellos el mío, la República de Haití, reconociendo la necesidad absoluta de actuar colectivamente en pro de la paz, el desarrollo y el progreso social, decidieron crear las Naciones Unidas.

Desde su creación, la Organización ha constituido el foco de los anhelos y esperanzas de los pueblos del mundo entero, de tener un futuro más sereno y mañanas más prometedores.

A lo largo de su medio siglo de existencia, la Organización ha realizado grandes esfuerzos para alcanzar los objetivos establecidos en la Carta. Ha afrontado una amplia gama de problemas internacionales complejos y en muchos casos ha logrado darles una solución satisfactoria.

Es así como las Naciones Unidas se han distinguido por su papel decisivo en el proceso de descolonización, en el fortalecimiento de la seguridad internacional y en el restablecimiento de la paz en muchas regiones del mundo. Igualmente, han contribuido a la evolución del derecho internacional. Merced a una serie de conferencias mundiales, la Organización ha avanzado hacia un consenso internacional con respecto a problemas mundiales como los del medio ambiente, la población, los derechos del hombre, la condición de la mujer, los derechos del niño, el desarrollo sostenible y muchas otras cuestiones fundamentales.

Recientemente se han desarrollado considerablemente las actividades de las Naciones Unidas en favor de la paz, gracias a la multiplicación de las operaciones de mantenimiento de la paz, algunas de las cuales han tenido éxitos notables, como en Camboya, en El Salvador o en mi propio país, Haití, donde la acción conjunta de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos condujeron al retorno al orden constitucional, lo que constituye un testimonio elocuente.

A este respecto, permítaseme, en nombre del pueblo y del Gobierno haitianos, expresar a la comunidad internacional nuestro agradecimiento por el apoyo y la contribución aportados al restablecimiento del proceso democrático en Haití. Gracias a ustedes, a partir de ahora la paz es viable en Haití; la estabilidad política está a punto de convertirse en realidad y la sociedad haitiana prácticamente ya ha logrado la seguridad.

Ustedes nos han ayudado a dejar atrás esa era de turbulencia y a crear las condiciones necesarias para concretar la paz y el desarrollo del país, en lugar de la represión que hemos vivido durante los tres años del golpe de Estado. Una vez más, expreso aquí el profundo agradecimiento del pueblo haitiano a la gran familia de las Naciones Unidas y a todas y cada una de las naciones que, de una u otra forma, brindaron apoyo para que se volviera al orden constitucional.

En este contexto, voy a compartir con la Asamblea el trabajo realizado por el Gobierno desde que fue restablecido.

Transcurrido un año desde el retorno a Haití del Presidente Jean-Bertrand Aristide, se han realizado avances considerables en todas las esferas de actividad de la vida nacional. El Gobierno tiene el honor de señalar a esta Asamblea que se respetan escrupulosamente los derechos de todos los haitianos; están garantizadas las libertades de expresión y asociación; se ha reanudado el funcionamiento normal de las instituciones, se han podido realizar las elecciones legislativas y municipales previstas, y ha perdido terreno claramente la inseguridad, tanto en las ciudades como en el campo.

Para llegar a este resultado, el Gobierno tuvo que adoptar medidas enérgicas pero deseadas por la inmensa mayoría de la población. Citemos, entre otras, el desmantelamiento del cuerpo de jefes de sección y de sus auxiliares; la desmovilización de las fuerzas armadas, en espera de la aprobación de su disolución por el Parlamento; la creación de la nueva fuerza de Policía Nacional, conforme a lo que se estipula en la Constitución de 1987, y la creación de la Escuela Nacional de la Magistratura y de la Administración Penitenciaria Nacional.

Todas esas medidas han contado con la asistencia empeñosa de la Misión de las Naciones Unidas en Haití, que ha resultado un asociado insustituible para la restauración del proceso democrático en mi país.

Para reforzar la confianza de la población en el proceso de reconciliación nacional, el Gobierno ha creado la Comisión Nacional de la Verdad y la Justicia, para aclarar las atrocidades cometidas durante los tres años desde el golpe de Estado, y los trabajos de esa Comisión progresan rápidamente.

Por otra parte, el Gobierno ha comprendido que había que ir más allá en materia de reparación y en la lucha contra la impunidad. En este contexto, por decreto del 29 de septiembre de 1995, el Gobierno ha decidido dedicar el 20% del presupuesto del Ministerio de Justicia a las víctimas del golpe de Estado y ofrecer a ellas asistencia jurídica para que puedan armar los expedientes y perseguir a los criminales. Esas medidas demuestran la voluntad de poner fin a la impunidad y de hacer justicia a quien se le debe.

Hemos iniciado así, de manera firme e irreversible, el camino de la democracia. Es cierto que algunos problemas

aún no se han resuelto, pero nadie podrá, sin exponerse a un desmentido tajante, poner en tela de juicio los enormes progresos realizados desde el 15 de octubre de 1994. La lucha por el establecimiento de un Estado democrático en Haití continúa cada vez con más determinación. Sin embargo, ninguna democracia puede ser viable sin un desarrollo económico sostenible. En Haití, el vínculo entre democracia y desarrollo es fundamental, ya que afecta a la supervivencia misma de nuestra nación.

A este respecto, el Gobierno haitiano ha privilegiado dos ejes que deberán definir la política del desarrollo nacional: la regeneración del espacio en que vivirán 8 millones de habitantes desde aquí hasta el final del siglo y la educación generalizada.

Los recursos naturales —renovados, regenerados, sustraídos a una explotación excesiva, continua y desordenada— tendrán que estar dirigidos por los ciudadanos, las familias y las comunidades que hayan aprendido a dominar el saber, a compartir el conocimiento, a divulgar la información, a aprovechar la enorme y fantástica reserva de saber de la humanidad al igual que la rica cultura nacional. Mediante la educación oficial y no oficial tendremos que cubrir, utilizando todos los recursos de las tecnologías de la formación y la información, las necesidades de nuestra población, desde la educación básica hasta el dominio de las tecnologías más avanzadas adecuadas para nuestro desarrollo.

Como podrán imaginar fácilmente, la importancia de esas dos opciones fundamentales entraña una redefinición de todos los programas y de todas las políticas sectoriales o no sectoriales. Las políticas de gestión directa del Estado, como la política fiscal, monetaria, presupuestaria, de inversión pública, de administración pública, de gestión de las empresas públicas, de crédito, y otras, así como las que suponen cierta asociación con los distintos sectores de la nación, se definirán en función de esos ejes. Una vez satisfechas esas condiciones, podremos prever un proceso de restablecimiento del equilibrio social mediante un mejor reparto de las riquezas nacionales. De ahí nos encaminaremos progresivamente hacia la disminución de la distancia que media entre los ingresos individuales de una categoría a otra. La utilización por el Estado de los medios e instrumentos de que dispone, y en particular de la fiscalidad y del crédito, deberá poder acelerar ese movimiento.

Con la ayuda de la comunidad internacional, nuestra nación trabaja con mucha esperanza para construir un Estado de derecho y para reconstruir la trama económica nacional.

El ejemplo de Haití, que acabo de ilustrar, así como muchos otros éxitos cosechados en estos 50 años por las Naciones Unidas, no deben enmascarar la realidad de un mundo en que los objetivos de paz y de progreso social para todos con que soñaban nuestros antecesores distan mucho de haberse alcanzado totalmente. A pesar del fin de la guerra fría, que ha disminuido las probabilidades de una guerra nuclear, nuestro planeta sigue siendo escenario de numerosos conflictos mortíferos que causan indecibles sufrimientos a las poblaciones y crean tragedias humanitarias de una envergadura considerable. Ya sea en Bosnia y Herzegovina, en Rwanda, en Burundi, en Georgia o en Liberia, por no citar más que esos países, esas guerras surgidas en la mayoría de los casos de antagonismos étnicos, religiosos o tribales, se resisten a todo esfuerzo de solución por parte de la comunidad internacional. Es cierto que se han logrado avances significativos en algunas crisis, como en el Oriente Medio o en Angola, algo que mi Gobierno acoge con alegría. Pero la persistencia de esos conflictos socava nuestras esperanzas de que se instaure una paz duradera.

En este mismo contexto, hay que señalar la amenaza que sigue cerniéndose sobre la humanidad debido a la existencia de reservas de armas nucleares y otras armas de destrucción en masa. A este respecto, mi delegación desea que se mantengan las promesas hechas por los países poseedores de armas nucleares en la reciente Conferencia de las Partes encargada del examen y la prórroga del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP), que tenía como objetivo librar al planeta de las armas nucleares. La concertación, el año próximo, como se desea, de un tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares sería un paso importante hacia este objetivo.

Una de las ideas elaboradas por el Secretario General en “Un programa de paz” es que la paz no es viable sin desarrollo. Se reconoce que una de las causas fundamentales de la inestabilidad y de los conflictos en el mundo estriba en la miseria y en las disparidades socioeconómicas cada vez más escandalosas en que vive un amplísimo sector de la población mundial.

El Secretario General ha señalado en sus frecuentes intervenciones que ante la globalización de los problemas hay que aportar soluciones globales, ya sea en materia de medio ambiente, migraciones, desarrollo o seguridad internacional. También ha llegado ya el momento de adoptar una estrategia mundial ante los efectos colaterales creados por los inevitables ajustes estructurales. En la última Cumbre de Halifax entre los siete países más industrializados del mundo se dio un paso tímido en este sentido,

pero sobre todo lo que es necesario es una mayor participación de los países del Sur en el sistema económico internacional para desactivar esa temible “bomba social” que se mencionó en la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, que se celebró en Copenhague.

Es oportuno recordar hasta qué punto nuestros países, y sobre todo los pequeños Estados insulares, son vulnerables a los desastres naturales. La región del Caribe es víctima este año de un número sin precedentes de ciclones y tormentas tropicales, que causan daños considerables a las infraestructuras de varios países que han visto cómo en pocas horas se derrumbaban años enteros de esfuerzos. Ofrecemos nuestras condolencias a esos países hermanos y hacemos un llamamiento a la comunidad internacional para que movilice todos los recursos necesarios para su rehabilitación. Está claro que los pequeños Estados insulares no están equipados para hacer frente a estas situaciones. Tal vez se podría pensar en un instrumento multilateral capaz de ayudar a limitar el alcance de sus efectos sobre las vidas y los bienes de estas poblaciones. En este sentido, celebramos la iniciativa de los “cascos blancos”, creados por sugerencia de la Argentina, y de la cual Haití es el primer beneficiario.

En un mundo en el que el peso de la globalización bajo todas sus formas se hace sentir cada vez más, resulta más imperiosa la necesidad de un nuevo contrato mundial para garantizar la paz y la seguridad internacionales. En estos momentos, hay numerosos países —entre ellos el mío— que no se encuentran en condiciones de satisfacer las necesidades más elementales de la mayor parte de su población. La globalización creciente de los mercados y del ambiente político, económico, financiero y cultural internacional hace que mientras algunos países conocen un determinado grado de éxito, otros continúan deslizándose hacia el deterioro. La consecuencia es que millones de hombres, mujeres y niños viven en una miseria infrahumana, sin acceso al cuidado de la salud o a una alimentación adecuada.

Esta es la oportunidad para hacer que la Organización desempeñe su papel de instrumento de solidaridad y de cooperación internacional, de conformidad con el mandato que se le confiara hace 50 años. Sería conveniente la aplicación sin demora de las decisiones de Copenhague. De lo contrario, habrá que temer que estas situaciones desborden el marco de las fronteras nacionales y se conviertan en fuentes de desestabilización a escala mundial. En este sentido, cabe recordar que el desarrollo sostenible es el proceso que garantiza el progreso económico, social, político y cultural de las poblaciones actuales y la supervivencia, dentro del bienestar, la dignidad, la paz, la demo-

cracia y la justicia, de las generaciones futuras. A las instituciones de Bretton Woods les decimos que los programas de ajuste estructural sólo han de ser útiles en la medida en que conduzcan a verdaderos programas de desarrollo, basados en el crecimiento, el pleno empleo y la igualdad, concebidos y realizados sobre todo en beneficio de las categorías sociales más desfavorecidas.

Esta toma de conciencia que da por sobreentendida la voluntad de impulsar un nuevo contrato mundial nos incita también a solicitar, en nombre del Gobierno haitiano, a las instancias competentes que no sólo definan y articulen de una vez por todas el punto de interés común de las diferentes actividades de las Naciones Unidas, sino que también busquen los medios susceptibles de liberar los recursos financieros necesarios para acrecentar las actividades de nuestra Organización.

En el contexto de la interdependencia creciente que caracteriza las políticas nacionales, en especial las de los países del tercer mundo, los instrumentos de las instituciones internacionales y los acuerdos bilaterales condicionan toda experiencia de una cierta envergadura. Por ello, no es solamente un respaldo lo que nosotros solicitamos de nuestros asociados. Los invitamos a compartir nuestra dedicación y a participar en la nueva definición posible, e incluso probable, de sus instrumentos, que deben cambiar si se quiere hacer frente a los desafíos que no dejan de condenar al fracaso los esfuerzos realizados desde hace tantos decenios para mejorar el orden mundial.

Podemos comprender que los cambios de cierta envergadura en las instituciones puedan motivar muchas vacilaciones, pero también decimos: ¿cuáles son los riesgos para la comunidad internacional de una experiencia suficientemente limitada para no asustar y suficientemente importante para verificar la oportunidad de extenderla a situaciones más decisivas y llevar a un cambio institucional significativo?

La Organización se encuentra en una encrucijada decisiva de su historia. En momentos en que celebramos el cincuentenario de su fundación, se plantea cada vez el problema de la financiación de su presupuesto para el funcionamiento del sistema. Ya hemos tomado conocimiento de los informes de los expertos, según los cuales los recursos básicos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo se han reducido en un 15%. Nosotros hemos comprobado con cierto temor que las contribuciones a los diversos fondos de afectación especial de las Naciones Unidas sufren una cierta regresión desde hace al menos cuatro años. A largo plazo, este proceso regresivo en lo que se refiere a las contribuciones financieras constituye una

verdadera amenaza para las diferentes operaciones que lleva a cabo el sistema de las Naciones Unidas, ya sea en la esfera del mantenimiento de la paz o en la de las actividades de desarrollo propiamente dichas.

Estas consideraciones nos llevan a la cuestión que nos interesa a todos con motivo de este cincuentenario: la reforma del sistema de las Naciones Unidas. En los albores de un siglo XXI tan prometedor, pero también tan inquietante bajo ciertos aspectos, la Organización será llamada cada vez más a hacer frente a ciertos desafíos importantes en materia de ecología, demografía, economía, información y lucha contra el crimen organizado. Frente a estos desafíos temibles, algunos de los cuales son todavía desconocidos o insospechados, es importante reestructurar y fortalecer la armadura de esta Organización universal.

El fortalecimiento de las Naciones Unidas debería efectuarse, en nuestra opinión, en torno a una reforma jurídica, administrativa e institucional. A este respecto, mi Gobierno desea fervientemente una reforma del Consejo de Seguridad, tanto en lo que se refiere a su modo de funcionamiento, que debe ser más democrático, como en cuanto a su composición, que debe reflejar mejor la diversidad característica de la gran familia de las Naciones Unidas.

A este respecto, invitamos a todos los Estados a que reflexionen acerca de las mejores formas y vías de cooperación con las organizaciones no gubernamentales. Es preciso rendirse ante la evidencia de que las organizaciones no gubernamentales se afirman cada vez más como espacios de reflexión y de iniciativa de la sociedad civil, a la vez que revelan ser asociados indispensables en la búsqueda de un mundo nuevo de desarrollo más humano y más integrado.

Un tema de muy grande preocupación para el Gobierno de Haití es la precaria situación actual de numerosos refugiados, en particular de los niños no acompañados y de las mujeres, que debieran contar con los beneficios de una atención muy especial. Asimismo, aprovecho esta oportunidad para expresar nuestra oposición más enérgica a cualquier medida de repatriación forzada de los refugiados que no tenga en cuenta los instrumentos jurídicos internacionales que regulan esta cuestión, en especial la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 y el Protocolo de 1967. Las políticas discriminatorias, el racismo y la xenofobia contribuyen a tornar más dramática una situación que ya hace mucho tiempo cuestiona las conciencias. Es tiempo ya que la barbarie ceda el paso a la civilización y que el respeto de los derechos humanos se imponga a todos y en todas partes sin distinción.

El Gobierno de la República de Haití apoya el proyecto de creación de un tribunal criminal internacional a fin de dar valor efectivo al principio de la responsabilidad individual penal en los casos de violaciones graves e intolerables de los derechos humanos.

Mi Gobierno está profundamente alarmado por la magnitud de la producción ilícita, del tráfico y del uso indebido de estupefacientes en el mundo. Con el objetivo de protegerse contra este flagelo, invita a los Estados productores y de consumo, como igualmente a los países de tránsito y de blanqueo del dinero proveniente del comercio de estas drogas a que aporten su apoyo más decidido a la lucha contra este mal.

Desde el final de la guerra fría —guerra que, en realidad, no fue fría mas que en los territorios de las grandes Potencias— no han cesado de multiplicarse conflictos que parecían limitados. Es menester rendirse ante la evidencia de que sólo los pretextos han cambiado. Las verdaderas razones de estos conflictos —lo repetimos— están dadas por el mantenimiento de un comercio muy lucrativo de armas convencionales.

En la actualidad la grandeza de una nación no se mide ni debe medirse por su poderío económico o por su arsenal militar. En nuestros días una gran nación debe dedicarse a resolver, a la vez, los problemas de su población y los de la humanidad en su conjunto.

En 1945, 51 Estados crearon las Naciones Unidas con la misión esencial de mantener la paz y la seguridad internacionales, así como de promover el desarrollo económico de todos sus Miembros. Cincuenta años más tarde, a la hora de hacer un balance, los cambios que se han producido en la escena internacional no han hecho más que confirmar la validez de los ideales de los padres fundadores.

La celebración del cincuentenario de las Naciones Unidas nos hace tomar conciencia de la capacidad de la Organización y de la necesidad de reformarla para hacer de ella un instrumento todavía más eficiente, capaz de enfrentar los desafíos del próximo siglo XXI para la edificación de un mundo mejor.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores de Maldivas, Su Excelencia el Sr. Fathulla Jameel.

Sr. Jameel (Maldivas) (*interpretación del inglés*): Es para mí un gran placer felicitar a Su Excelencia el Sr. Diogo Freitas do Amaral con motivo de su elección para

presidir la Asamblea General en su actual período de sesiones, que coincide con la importante ocasión del cincuentenario de las Naciones Unidas. Consciente de la ardua tarea que está llamada a desempeñar esta Asamblea, confío en su competencia para guiar nuestros trabajos hacia conclusiones satisfactorias.

Es también un privilegio y un honor para mi rendir homenaje al Presidente de la Asamblea General en su cuadragésimo noveno período de sesiones, Su Excelencia el Sr. Amara Essy, de Côte d'Ivoire, por la forma diestra y capaz con que cumplió las onerosas responsabilidades a su cargo.

También deseo expresar el profundo reconocimiento de mi país al Secretario General por haber dado muestras de una capacidad y de una habilidad excepcionales al enfrentar los enormes desafíos y obstáculos que encuentra en el desempeño de su noble función, así como por su voluntad de trabajar siempre en forma abnegada no sólo para conservar la credibilidad y la validez de las Naciones Unidas, sino también para hacer que esta Organización se afirme en un mundo que cambia rápidamente. Mi delegación le desea muy sinceramente mucho éxito en su tarea poco envidiable.

Las Naciones Unidas celebran el cincuentenario de su fundación, y muchos de nosotros abogamos por la necesidad de reformar y reestructurar esta Organización. No nos cabe duda alguna de que el mundo atraviesa una era de cambios dramáticos que afectan el marco de las relaciones internacionales y modifican el equilibrio en las relaciones económicas y comerciales, una razón que naturalmente justificaría este llamamiento. Sin embargo, no podemos hacer caso omiso del hecho de que esta Organización ha logrado impedir una tercera guerra mundial, que era precisamente el temor más grande que existía 50 años atrás.

Además, esta Organización ha librado eficazmente al mundo de los horrores del colonialismo y la discriminación racial. También ha contribuido al establecimiento de un régimen de cooperación internacional basado en los principios de la igualdad y del respeto al imperio de la ley. Si no hubiera sido por el noble papel que las Naciones Unidas han desempeñado en muchas esferas de la actividad humana, no habríamos podido cosechar el progreso del que hoy disfrutamos en el campo del desarme, el freno en la proliferación de las armas nucleares, la promoción de los derechos humanos y muchos temas importantes como los relativos al medio ambiente, el bienestar de los refugiados, los niños, la juventud y la mujer.

Desde luego ha habido fallos y retrocesos. Muchas veces nos hemos encontrado ante situaciones que nos hicieron dudar de la credibilidad de la Organización y de la eficacia de sus decisiones.

Pero el hecho es que las Naciones Unidas han servido y continúan sirviendo a la humanidad, a los individuos, a los pueblos y a la comunidad mundial en su conjunto, con profunda dignidad y con visión de futuro, guiadas por los nobles principios de su Carta. Y al hablar de reformar y reestructurar esta Organización, debemos centrarnos ante todo en las realidades de hoy a fin de dedicar nuestros esfuerzos colectivos a fortalecer la cooperación internacional para lograr nuestros objetivos comunes, cumpliendo estrictamente con los principios consagrados en la Carta de las Naciones Unidas.

Además, la reforma y la reestructuración deben centrarse no sólo en el concepto de la paz y la seguridad internacionales, sino que también deben extenderse a todos los aspectos del desarrollo social y económico de la raza humana. En otras palabras, los efectos de la reforma deben llegar a todas las actividades de las Naciones Unidas, incluidas las relativas al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, el logro de un desarrollo económico equitativo, la revitalización del orden económico internacional, la protección del medio ambiente mundial, la lucha contra el terrorismo y el tráfico de estupefacientes, la protección de los derechos humanos y la promoción de los valores democráticos y del orden jurídico entre las naciones y dentro de ellas.

Quiero aprovechar la ocasión para felicitar a los organismos especializados de las Naciones Unidas por sus esfuerzos en pro del crecimiento económico y el desarrollo sostenible. La Conferencia de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, la Conferencia de El Cairo sobre la Población y el Desarrollo, la Cumbre Mundial de Copenhague sobre Desarrollo Social y la recién terminada Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing, todas ellas nos han ayudado a recorrer un largo camino en ese aspecto.

Sin embargo, es lamentable observar que, pese a esos indicios alentadores, el cuadro general del desarrollo no es optimista. La asistencia oficial al desarrollo a nivel mundial es la más baja de los últimos 21 años. Como Estado insular menos adelantado, mi Gobierno considera que existe una urgente necesidad de cambiar esta situación radicalmente. Una primera medida sería que los países industrializados cumplan los objetivos establecidos por las Naciones Unidas. Si trabajamos con espíritu de responsabilidad colectiva y ponemos nuestros esfuerzos a la altura de las preocupacio-

nes del pueblo real en un mundo real, estoy seguro de que lograremos el éxito.

En cuanto a los principales órganos de las Naciones Unidas, Maldivas estima que la Asamblea General debe seguir desempeñando su papel central como consejo mundial que tiene competencias y capacidad para adoptar decisiones colectivas y lograr el consenso sobre temas importantes relativos a la paz y la seguridad internacionales, el desarrollo y la cooperación internacional en general.

Mientras tanto, el papel y las funciones del Consejo de Seguridad deben fortalecerse y mejorarse de conformidad con las realidades del día de hoy, que evidentemente son muy diferentes de las condiciones geopolíticas que prevalecían hace 50 años. Sin embargo, Maldivas opina que, si queremos llevar a cabo una reestructuración profunda, ésta debe estar dirigida al logro de resultados, lo cual aumentaría la autoridad del Consejo y su capacidad para aplicar sus decisiones mucho más que si se tratara de un simple aumento del número de miembros del Consejo sobre una base selectiva. Incluso si avanzamos en el consenso incipiente de aumentar el número de miembros del Consejo, mi país cree firmemente que hay que tener mucho cuidado para garantizar que el Consejo siga siendo un órgano representativo de todas las regiones y grupos de naciones, incluidos, desde luego, los países en desarrollo y los pequeños Estados, que comparten la responsabilidad de mantener la paz y la seguridad en el mundo con los países más desarrollados y los Estados Miembros más grandes de las Naciones Unidas. A nuestro juicio, los criterios principales deben ser la capacidad de los Estados Miembros para cumplir con sus obligaciones y compromisos con las Naciones Unidas y sus principios, así como su respeto y adhesión a los pactos internacionales.

Hace 50 años sólo eran Miembros de esta Organización unos pocos países, que tuvieron el privilegio de hacer oír su voz sobre los asuntos mundiales. Crearon este órgano no sólo para salvaguardar sus propios intereses, sino también los intereses de las generaciones futuras del mundo entero.

La amplia mayoría de los Estados Miembros que hoy están aquí representados, incluidos Estados pequeños como mi propio país, Maldivas, no gozaban de libertad, de una u otra forma. Fueron los principios sobre los que se fundó esta Organización los que contribuyeron a conformar los acontecimientos que llevaron al restablecimiento de los derechos legítimos de los pueblos desposeídos de todos los continentes del mundo.

Ahora, somos una comunidad de naciones que comparten los mismos valores y son interdependientes para el logro de sus intereses comunes e individuales. Entre los Estados Miembros de las Naciones Unidas hay un gran número de Estados pequeños que trabajan en interacción activa con otros Estados Miembros no simplemente porque necesiten la cooperación de los demás para su existencia y supervivencia, sino porque realmente son parte inseparable de este amplio mundo interdependiente.

Lo que las Naciones Unidas están intentando es promover la paz y la justicia, eliminar los prejuicios raciales y religiosos y establecer normas universales para aspectos de nuestras vidas que afectan a nuestra dignidad como seres humanos iguales. Los Estados pequeños participan en este empeño con la misma convicción que los grandes países. Por tanto, es lógico que los Estados pequeños tengan la oportunidad de desempeñar su papel en la toma de decisiones y de portar la antorcha de nuestra misión común.

Como he dicho al principio, la reforma de las Naciones Unidas debe ser amplia y debe abarcar a los tres órganos principales, los organismos especializados y todos los aspectos de la labor y las actividades de las Naciones Unidas. Debe ser una reforma que convierta realmente a las Naciones Unidas en una organización cuya labor esté dictada “por las misiones que haya de cumplir y esté orientada hacia la obtención de resultados concretos” como ha dicho el Secretario General. Por ello, mi delegación estima importante mantener una coordinación eficaz entre los grupos de trabajo de composición abierta recientemente creados, y evitar por todos los medios una mejora sólo parcial.

En momentos en que el mundo espera ansiosamente ver unas Naciones Unidas revitalizadas, deberíamos hacer una pausa para examinar la situación mundial actual.

En este contexto, vemos con gran desaliento que la situación en Bosnia y Herzegovina sigue siendo tan crítica como siempre. Seguimos viendo cómo los dirigentes de los serbios de Bosnia destruyen vidas y propiedades, violan los derechos humanos y desprecian las resoluciones del Consejo de Seguridad. El constante deterioro de la situación ha llevado a que muchos de nosotros pongamos en duda la aplicabilidad del embargo de armas. Muchos de nosotros, además, tememos las consecuencias de la partición de Bosnia y Herzegovina, un Estado independiente, sobre la base de su composición étnica. Instamos a la comunidad internacional a que ejerza su influencia sobre los serbios de Bosnia a fin de que acepten el arreglo que se propone ahora, el cual confiamos habrá de llevar a una solución

amplia y viable de este trágico episodio. Entretanto, queremos expresar nuestro profundo reconocimiento a los países que colaboran valientemente con la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas bajo condiciones sumamente difíciles.

La situación en el Oriente Medio parece estar mejorando a través del proceso de paz. Las Naciones Unidas han apoyado constantemente los derechos del pueblo palestino a la libre determinación y a la independencia. Los acuerdos recientes, que permiten que el pueblo palestino ejerza un cierto grado de autonomía, constituyen sin duda una buena base para la realización de ese objetivo. Si bien reconocemos el importante papel que han desempeñado los patrocinadores de las iniciativas recientes, consideramos que las Naciones Unidas deberían seguir apoyando al pueblo de Palestina y abogando por todos los medios posibles en favor de la realización de sus derechos legítimos.

Los acontecimientos que tuvieron lugar recientemente en la República Federal Islámica de las Comoras ponen en evidencia una vez más la vulnerabilidad de los Estados pequeños ante el terrorismo y las actividades de mercenarios, que ponen en peligro no sólo la seguridad y estabilidad de los Estados pequeños sino también las instituciones democráticas y la existencia legítima de los gobiernos. Esta vez la víctima fue nuevamente un pequeño Estado insular del Océano Índico, pero hemos visto que actos de terrorismo similares a este, que han cobrado muchas vidas inocentes, están ocurriendo con bastante frecuencia en muchas partes del mundo. Teniendo presente la resolución 49/31 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, titulada "Protección y seguridad de los Estados pequeños", mi Gobierno insta a la comunidad internacional a que adopte todas las medidas necesarias con el fin de impedir que los mercenarios puedan llevar a cabo sus actos criminales.

Se han realizado enormes avances en aras del desarme universal. Durante la Conferencia celebrada este año con el fin de examinar el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP), Maldivas estuvo a favor de la prórroga indefinida del Tratado, con la firme convicción de que desempeña un papel central en la tarea de contener el peligro de la proliferación de las armas nucleares. Se han concertado tratados sobre las armas químicas y sobre otras armas de destrucción en masa. Abrigamos la ferviente

esperanza de que el tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares se firme antes de la finalización de 1996. Entretanto, es sumamente importante que en estas circunstancias todos los Estados se abstengan de realizar ensayos de dispositivos nucleares, y que los que aspiran a alcanzar una capacidad en materia de armas nucleares se abstengan de desarrollar esas armas. En lugar de ello, se deberían realizar esfuerzos para dismantelar todas las armas nucleares existentes y para librar al mundo de esa amenaza mortífera. Asimismo, los países de cada región deberían convenir el establecimiento de zonas libres de armas nucleares y deberían esforzarse en forma colectiva en aras de un mundo libre de armas nucleares. Por otra parte, mi Gobierno cree que el curso del desarme universal se traducirá en un aumento de los recursos disponibles que podrán ser usados para atender necesidades urgentes en materia de desarrollo humanitario y social.

Mientras la humanidad aguarda el alborar del siglo XXI con grandes esperanzas en la paz y la justicia y en el surgimiento de unas Naciones Unidas que puedan llevar a cabo la noble misión para la que fueron creadas, nosotros, el Gobierno y el pueblo de Maldivas, renovamos nuestro compromiso con los principios de la Carta de las Naciones Unidas y prometemos que haremos cuanto esté a nuestro alcance, en cooperación con otros Estados Miembros, para defender esos principios y para abogar en favor de un futuro mejor.

Mi delegación desea hacer llegar sus felicitaciones a todos los Estados Miembros de esta Organización con motivo del cincuentenario, y también felicitar al órgano mundial por sus enormes logros.

El Presidente interino (*interpretación del francés*):
Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores de Liberia, Su Excelencia el Sr. Momolu Sackor Sirleaf.

Sr. Sirleaf (Liberia) (*interpretación del inglés*):
Felicito al Sr. Diogo Freitas do Amaral por haber accedido a la Presidencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas en su quincuagésimo período ordinario de sesiones. Hemos tomado nota de sus loables logros en el servicio diplomático de su país, y estamos seguros de que, a través de su conducción durante este histórico período de sesiones, surgirá un nuevo paradigma que dará forma a las relaciones entre las naciones del mundo.

Asimismo, quiero hacer llegar el reconocimiento de la delegación de Liberia a su predecesor, Su Excelencia el Sr. Amara Essy, distinguido hijo de África, por la manera

competente en que dirigió los trabajos de la Asamblea General durante su cuadragésimo noveno período de sesiones.

Encomiamos a nuestro competente y renombrado Secretario General, Su Excelencia el Sr. Boutros Boutros-Ghali, por su infatigable devoción en la tarea de trazar un nuevo rumbo para las Naciones Unidas, pese a los formidables obstáculos que debe afrontar. Al mismo tiempo, nos complace particularmente la ferviente atención que sigue dedicando a una solución pacífica del conflicto civil liberiano y a la reconstrucción de Liberia después de la guerra.

Me presento ante este órgano en celebración de la mayor libertad que está personificada en la supervivencia y el éxito de las Naciones Unidas y de mi país, Liberia. Ambos nacieron de la visión de individuos que se atrevieron a tener aspiraciones más elevadas mientras otros sucumbían al miedo, el odio, el racismo, la duda y el desaliento. Hace medio siglo, mi país tuvo el orgullo de ser una de las tres naciones de África que formaron parte de los 51 Estados que se reunieron en San Francisco, California, para participar en la creación de las Naciones Unidas, que culminó con la firma de su Carta.

Las Naciones Unidas nacieron porque “Nosotros los pueblos” de antecedentes culturales diversos, representados por nuestros gobiernos, estábamos

“resueltos ...

a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas”.

Para demostrar nuestro compromiso con esos derechos fundamentales se consagró en la Carta de la Organización el principio de la igualdad soberana, lo que se vio respaldado en 1948 por la aprobación de la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Ciento veinticinco años antes del nacimiento de las Naciones Unidas, nosotros los pueblos, de antecedentes culturales diversos, representados por personas y organizaciones que creían en una libertad mayor como medida de la dignidad y la grandeza del hombre, dimos a luz a la nación liberiana, en una época quizás más controvertida y agitada que la que dio origen a nuestras Naciones Unidas. Pero nosotros los pueblos, decididos a escapar de la degradación a la que estábamos expuestos por la negación de la universalidad de los derechos humanos y la igualdad de la

naturaleza humana, huimos hacia la libertad en búsqueda de los mismos principios que defiende esta Organización.

Debemos celebrar la supervivencia y el éxito de las Naciones Unidas y de mi país, Liberia. Simbólicamente, representan la naturaleza más elevada del hombre, que lo obliga a reconocer que ningún ser humano es inferior ni superior a otro. Así como la vida de un hombre

“no consiste en la abundancia de las cosas que posee”,
(*La Santa Biblia, San Lucas 12:15*)

la grandeza de un pueblo o de una nación no se mide por la abundancia de sus riquezas materiales.

La supervivencia y el éxito de las Naciones Unidas durante medio siglo destruyeron el mito de que era una utopía organizar a las naciones soberanas a nivel mundial en búsqueda de la paz y la seguridad internacionales. La supervivencia de Liberia como Estado independiente desde 1847 también destruyó el mito de que el africano es incapaz de autonomía. Liberia fue uno de los tres Miembros fundadores africanos de las Naciones Unidas, y su independencia y su participación en los asuntos internacionales sirvieron de faro de esperanza para los pueblos de origen africano embarcados en una lucha legítima contra la dominación colonial. Liberia brindó apoyo diplomático y moral a la descolonización de África y de otras regiones del mundo, y declaró con energía su oposición contra el *apartheid* en Sudáfrica.

Cuando otras naciones de África ganaron la independencia, Liberia les tendió una mano amistosa, fraternal y solidaria. En especial, Liberia adoptó y aplicó una política de coexistencia pacífica con sus vecinos, y fue uno de los que más abogaron por un enfoque funcional de la unidad africana. Eso condujo a la formación de la Organización de la Unidad Africana (OUA), la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (CEDEAO) y de otras entidades que promueven la cooperación económica entre los pueblos africanos.

En ese sentido, mi delegación se complace sumamente en celebrar la concreción práctica de la visión de tres hijos distinguidos de África —Kwame Nkrumah, de Ghana, Ahmed Sékou Touré, de Guinea, y William V.S. Tubman, de Liberia—, al contemplar que un África independiente observa el cincuentenario de las Naciones Unidas y participa activamente en su celebración.

El quincuagésimo período de sesiones ordinario de la Asamblea General se realiza contra el telón de fondo de

cambios enormes en el sistema internacional. La euforia de la paz inspirada por el fin del enfrentamiento entre las superpotencias se disipó hace tiempo y el mundo está lejos de ser un lugar pacífico y justo. Las controversias latentes entre los Estados, los conflictos civiles violentos y el resurgimiento del nacionalismo llevado a extremos han llevado a la desintegración de varios Estados y han amenazado la paz y la seguridad internacionales. Las consecuencias adversas de esa situación son la pérdida de muchas vidas inocentes y la generación de corrientes de grandes masas de refugiados, especialmente en África. Lamentablemente, mi país, Liberia, no se ha librado de estos ataques.

El proceso de paz de Liberia debe contemplarse desde una perspectiva amplia de la historia de Liberia. Desde la declaración de la independencia, en 1847, hasta el presente, la República de Liberia se ha visto asediada y atacada por fuerzas internas y externas con criterios diametralmente opuestos respecto de la universalidad de los derechos humanos y la igualdad de la naturaleza humana, así como de la conveniencia del utilitarismo político y económico en el que fuerzas externas poderosas —gobiernos, empresas multinacionales, organizaciones internacionales y otras similares—, manipulan y explotan los recursos humanos y materiales de Liberia, en perjuicio del país. Esa es una realidad que no podemos eliminar simplemente con quererlo.

Aunque esos criterios pueden basarse exclusivamente en la ignorancia, es esa misma ignorancia la que aviva el fuego de la guerra y la destrucción en todo el mundo, manifestándose como racismo, depuración étnica, fanatismo tribal, persecución religiosa y otros. Así, para aquéllos que consideran al africano menos que humano o incapaz de autonomía, la existencia durante casi siglo y medio de una Liberia políticamente estable y pacífica con un gran potencial económico es algo indeseable.

Liberia, que fue fundada —alrededor de medio siglo antes del Congreso de Berlín de 1885, en el que se repartió el África y se institucionalizó el colonialismo—, como “asilo para la gente libre de color” que huía de los crisoles quemantes y los dolores amargos de la esclavitud, se vio amenazada de partición y de custodia por la Sociedad de las Naciones, predecesora de nuestras queridas Naciones Unidas, medio siglo después del citado congreso colonial. Irónicamente, la acusación era que se ejercía el comercio de esclavos. Aunque el Gobierno liberiano era lastimosamente culpable y aunque condenamos rotundamente la esclavitud de cualquier tipo, ese intento por parte de la Sociedad de las Naciones de socavar la soberanía de Liberia fue un subterfugio siniestro e hipócrita cuyo único propósito era

perpetuar un mito racista enraizado en una ignorancia muy destructiva. Eso no era positivo ni para Liberia ni para África, ya que ninguna nación, organización internacional ni Potencia terrenal puede disponer que Liberia deje de existir.

Aproximadamente medio siglo después de ese intento infructuoso de la Sociedad de las Naciones, Liberia padeció el derrocamiento sangriento de su Gobierno constitucional. La estructura político-jurídica se había hecho demasiado rígida e insensible a los clamores de la abrumadora mayoría del pueblo que quería ser incluida en las estructuras sociales, políticas y económicas del país. Los experimentados líderes antiguos no consiguieron hacer los cambios de rumbo necesarios. La ejecución de esos líderes políticos, que habían capitaneado el barco del Estado en épocas turbulentas, y la primera imposición de un régimen militar trastornaron más de 13 decenios de estabilidad política. Las dislocaciones concomitantes de nuestra trama nacional culminaron en la guerra civil que nos ha traído aquí hoy.

En los últimos seis años, nuestro país ha estado en guerra contra sí mismo, tratando de corregir las injusticias entre el pueblo de Liberia y manteniendo al mismo tiempo la soberanía de la nación, incluido el derecho de decidir nuestro propio destino. A algunos que miran desde fuera esa guerra les parece insensata, y quizás lo sea, en el sentido de que la mayoría de las guerras lo son. Por otra parte, creemos que surgiremos de esta situación como un pueblo más fuerte y más unido, en una nación en la que nos consideraremos ante todo seres humanos y en la que la identidad nacional precederá a la identidad tribal o étnica.

Así, nuestros esfuerzos por buscar la paz cuando se rompen los acuerdos deben ser elogiados y no ridiculizados. Eso refleja nuestra historia como nación amante de la paz. No podemos disculparnos por desear la paz más que la guerra. El Acuerdo de Abuja se cumplirá y traerá un nuevo amanecer a Liberia; pero aún si no se cumple, seguiremos procurando conseguir la paz, desoiremos a los que prefieren la guerra y haremos otro trato en pro de la paz y la democracia. Somos optimistas y no nos daremos por vencidos. Les pedimos que ustedes tampoco se den por vencidos con respecto a nosotros.

Durante el transcurso de la guerra siempre mantuvimos que una solución militar no era deseable ni factible, siempre abogamos por un equilibrio de fuerzas y un Gobierno de inclusión.

A este respecto, encomiamos a la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (CEDEAO) por

su intervención humanitaria en la crisis de Liberia. Aunque su mandato es fomentar la integración económica de la subregión, su acción fue una manifestación concreta necesaria de solidaridad africana única, que ha dado a los liberianos la oportunidad de resolver sus diferencias mediante negociaciones civiles.

El objetivo primordial del pueblo de Liberia fue el logro de una paz justa, amplia y duradera mediante un arreglo político del conflicto. Los componentes básicos de los acuerdos alcanzados por las partes y de las resoluciones posteriores adoptadas por el Consejo de Seguridad se centraron en los siguientes objetivos: habría que desarmar y rehabilitar a los combatientes; se establecerían garantías de seguridad suficientes para facilitar el reasentamiento de las personas desplazadas y la repatriación de cientos de miles de refugiados liberianos; se celebrarían elecciones supervisadas internacionalmente dentro de un calendario acordado; se instauraría una administración elegida democráticamente; y la comunidad internacional prestaría la asistencia requerida para la rehabilitación económica y social en Liberia.

Mediante la diplomacia sostenida de la CEDEAO, complementada por la Organización de la Unidad Africana (OUA) y las Naciones Unidas, y la disposición de las partes de continuar las negociaciones, el 19 de agosto de 1995 se alcanzó un acuerdo final en Abuja, República Federal de Nigeria.

Como celebración de Abuja, anunciamos nuestro más profundo agradecimiento al ex Presidente Sr. Jimmy Carter y al actual Presidente de los Estados Unidos de América, Sr. William Clinton; al Presidente de la CEDEAO Presidente Sr. Jerry John Rawlings y su Facilitador Especial, Capitán Kojo Tsikata, ambos de Ghana; al Presidente Sr. Sani Abacha de Nigeria; al Presidente Sr. Nicéphore Soglo de Benin, al fallecido Presidente Houphouët-Boigny y al actual Presidente de Côte d'Ivoire, Sr. Konan Bédié ; al Presidente Sr. Blaise Compaoré de Burkina Faso; al Presidente Sr. Lansana Conté de Guinea; al Presidente Sr. Abou Diouf del Senegal; al Presidente Sr. Ali Mwinyi de Tanzania; al Presidente Sr. Yoweri Museveni de Uganda; al Presidente Sr. Zine El-Abidine Ben Ali de Túnez; al ex Presidente Sir Dawda Jawara y al actual Jefe de Estado de Gambia, Capitán Yahya A.J.J. Jammeh; al ex Presidente Sr. Moussa Traoré y al actual Presidente de Malí, Sr. Alpha Oumar Konaré; al ex Presidente Sr. Joseph Saidou Momoh y al actual Presidente de Sierra Leona, Sr. Valentine Strasser.

También expresamos un agradecimiento especial a todos los Presidentes y Ministros de Relaciones Exteriores del Comité de los Nueve de la CEDEAO, al ex Secretario Ejecutivo de la CEDEAO, Sr. Abass Bundu y al actual Secretario Ejecutivo, Sr. Edouard Benjamin, al Secretario General de la OUA, General Salim A. Salim y la Persona Eminente de la OUA, el ex Presidente de Tanzania Sr. Canaan Banana, a los miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; al Secretario General Sr. Boutros Boutros-Ghali y sus Representantes Especiales, Sr. Trevor Gordon-Sommers y el Embajador Anthony Nyakyi; a todas las organizaciones no gubernamentales y humanitarias en Liberia; a los comandantes y las tropas del Grupo de Vigilancia de la CEDEAO (ECOMOG); a la Misión de Observadores de las Naciones Unidas en Liberia; a los Estados miembros de la CEDEAO, de la OUA, de la Unión Europea, de las Naciones Unidas y a todos los amigos de Liberia por habernos ayudado a ayudarnos a nosotros mismos. También felicitamos al pueblo de Liberia por su paciencia, su sacrificio, su comprensión y su madurez mientras pasamos de aguas turbulentas a aguas pacíficas.

Al contrario que acuerdos previos, el Acuerdo de Abuja, que complementa los Acuerdos de Cotonú y Akosombo aclarados posteriormente por el Acuerdo de Accra, prevé una presidencia colectiva de seis miembros compuesta por los dirigentes de las principales partes en lucha y tres representantes civiles. Estos son: Su Excelencia el Profesor Wilton S. Sankawulo, Presidente; Su Excelencia el Sr. Charles Ghankay Taylor del Frente Patriótico Nacional de Liberia (NPFL); Su Excelencia el Teniente General Alhaji G.V. Kromah del Movimiento Unido de Liberación para la Democracia en Liberia (ULIMO); Su Excelencia el Sr. George E. Saigbe Boley del Consejo de Paz de Liberia; Su Excelencia el Sr. Oscar J. Quiah de la Conferencia Nacional Liberiana; y Su Excelencia el Jefe Tamba Tailor, nombrado Vicepresidente conjuntamente por el NPFL y el ULIMO.

El hecho de que la actual Presidencia colectiva esté funcionando y deliberando con unanimidad de propósitos es motivo de celebración. Cada uno de los seis miembros está cualificado de manera única y preeminente para dirigir Liberia, pero han abandonado sus ambiciones personales para trabajar colectivamente como dirigentes de la reconstrucción.

El Acuerdo también retuvo dos principios fundamentales del Plan de Paz de la CEDEAO. El primero requiere

que el Gobierno de Liberia concierte con la CEDEAO un acuerdo sobre el estatuto de las fuerzas relativo a la condición del ECOMOG en Liberia. En la actualidad se está elaborando.

El segundo prohíbe al Presidente del Consejo de Estado presentarse como candidato a las elecciones posteriores. Pueden presentarse otros miembros del Consejo, los Vicepresidentes y funcionarios del Gobierno Nacional de Transición, pero deberán cesar en su cargo antes de las elecciones.

Los primeros signos de adhesión al Acuerdo de Abuja se produjeron cuando se restableció la cesación del fuego el 26 de agosto de 1995. El 1º de septiembre de 1995 juraron sus cargos los miembros del nuevo Consejo de Estado. Poco después se nombró e instaló un nuevo gabinete del Gobierno Nacional de Transición de Liberia. La Asamblea Legislativa Nacional, el Tribunal Supremo de Liberia y la Comisión Electoral están funcionando de conformidad con la ley.

Como el desarme es crucial para una aplicación completa y oportuna del Acuerdo de Abuja, me complace comunicar que la CEDEAO ha comenzado el despliegue de sus tropas en muchas zonas del país y ha asumido el mando de la mayoría de los puntos de control antes controlados por las partes. Igualmente, la mayoría de las principales autopistas y carreteras del país se están volviendo a abrir gradualmente para permitir el movimiento sin obstáculos de personas y bienes.

La instalación del Consejo de Estado marca un nuevo inicio en el proceso de paz. Señala una solución final pacífica de la crisis liberiana y ha aumentado las esperanzas de los liberianos que ahora creen que el proceso es irreversible.

Ahora debemos afrontar la intensa tarea de fomentar la reconciliación nacional, la unidad y la rehabilitación económica del país. Existen indicios claros de que los liberianos desean realmente convertir las espadas de la destrucción y la muerte en las rejas de arado del cultivo y la reconstrucción. Han puesto mucha fe en la opción democrática que les habilite para participar plenamente en los asuntos de su país mediante un diálogo civil en lugar de los enfrentamientos armados.

Al igual que todos los países que han realizado la transición de la guerra y grandes privaciones a condiciones de paz y desarrollo, Liberia precisa urgentemente una

asistencia sustancial de la comunidad internacional. También se requiere ayuda para rehabilitar a los niños traumatizados por la guerra y para reintegrar a los antiguos combatientes a la sociedad civil, donde puedan canalizar sus energías en actividades productivas.

Más allá de estas necesidades acuciantes, debe reavivarse el sector privado, que es vital para la recuperación económica y el desarrollo a largo plazo de Liberia. Por tanto, hacemos un llamamiento a nuestros socios inversionistas para que vuelvan con su experiencia y recursos financieros.

Acogemos con beneplácito la decisión del Secretario General de celebrar una conferencia sobre promesas de contribuciones para Liberia en las Naciones Unidas el 27 de octubre de 1995 para la desmovilización y reconstrucción de Liberia, así como para asistir a la CEDEAO en el desempeño de su mandato.

A medida que los liberianos iniciamos un esfuerzo determinado por restaurar la paz en nuestro país e iniciar un programa de reconstrucción, es imperativo que la comunidad internacional proporcione el apoyo y aliento necesarios a los nuevos dirigentes de Liberia.

A este respecto, recuerdo que este año el Consejo de Ministros de la OUA adoptó la resolución 1585 sobre Liberia, en la que, entre otras cosas, se pedía a la comunidad internacional que “reconociera y creyera plenamente en el actual Gobierno Nacional de Transición de Liberia y sus sucesores”.

Mi Gobierno cree firmemente que la aplicación plena de esta recomendación por parte de los Estados miembros servirá para revivir y fortalecer las relaciones bilaterales entre Liberia y los Gobiernos amigos, acelerando los esfuerzos de reconstrucción del país.

A mis compatriotas les diré que el nuestro es un país que se declaró la guerra a sí mismo y en ese proceso todos los liberianos han sufrido o han perdido algo. Comprendemos su angustia, su dolor y su frustración. Ahora tenemos que curar nuestras heridas, elevándonos por encima de nuestras diferencias, y unimos en una nación firme, decidida a avanzar hacia un futuro mejor y más próspero. Por muy bien dispuestos que estén los amigos y simpatizantes de la comunidad internacional a ayudarnos, nos corresponde a nosotros responder al desafío de construir a Liberia. Sólo puedo pedirles que sean los mensajeros del perdón y el amor. Tenemos una oportunidad única de participar

la redención de nuestro patrimonio común, Liberia, una realidad más grande que nosotros mismos. Aprovechemos este momento histórico.

Nuestra intervención ante esta Asamblea no estaría completa si no hiciéramos algunas reflexiones sobre la posición de mi Gobierno en relación con las numerosas dificultades y el sentido de frustración que prevalece en el escenario político internacional. Sin embargo, los recientes esfuerzos para alcanzar una solución definitiva de la crisis —al parecer insoluble— del Oriente Medio representa un paso positivo por el buen camino. Al respecto, la firma reciente, el 28 de septiembre, del acuerdo entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina nos parece un jalón importantísimo. Saludamos a Israel y a Jordania por haber firmado, el 26 de octubre de 1994, un tratado de reconciliación mutua e instamos a los demás Estados árabes de la región a que imiten esa iniciativa audaz.

Respecto de la limitación de armas nucleares y convencionales, mi Gobierno opina que la no proliferación nuclear es sólo el primer paso hacia el fin último de la prohibición total. En ese sentido, consideramos que la prórroga indefinida recientemente aprobada del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) ayuda al fortalecimiento del régimen internacional de no proliferación y fomenta el mantenimiento de la paz y la seguridad mundiales.

El conflicto de la ex Yugoslavia, especialmente en Bosnia y Herzegovina, y las crisis de Rwanda, Sierra Leona, Somalia y Burundi siguen siendo motivo de honda preocupación para la comunidad internacional. Mi Gobierno se alegra del importante papel que ha desempeñado la comunidad internacional, en especial, las Naciones Unidas, la Organización de la Unidad Africana (OUA), la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (CEDEAO), la Unión Europea, los Estados Unidos de América y la Federación de Rusia. Pedimos a las partes en el conflicto que se abstengan de nuevas intervenciones militares y opten por un arreglo negociado para satisfacción de todas las partes interesadas.

Respecto de la reforma del Consejo de Seguridad, Liberia pide la ampliación del número de miembros de dicho órgano o la modificación del párrafo 3 del Artículo 27 del Capítulo V de la Carta para que se conforme con el párrafo 2 del mismo Artículo 27 a fin de que el mayor número de miembros de la Organización pueda participar

en el proceso decisorio. Pensamos que una de esas dos medidas o ambas, no sólo harán más representativo a dicho órgano, sino también más democrático y transparente. El proyecto de reforma también tiene por fin asegurar el equilibrio entre la necesidad de la eficiencia y la expansión, y la transparencia en los métodos de trabajo del Consejo, así como la utilización óptima de los Estados que pueden contribuir significativamente a las operaciones de mantenimiento de la paz y a las actividades de desarrollo.

El fundamento de nuestra petición es la lógica, la democracia, la igualdad y la Carta de las Naciones Unidas. Cuando firmamos la Carta, hace medio siglo, sólo tres de las 51 naciones eran africanas. Hoy en día, hay 52 países africanos entre los 185 miembros. Los cinco miembros permanentes del Consejo representan a tres de los cinco continentes, Asia, Europa y Norteamérica. El continente africano tendría que contar, por lo menos, con un cargo permanente, que determinarían los propios Estados africanos.

En su declaración inaugural de este período de sesiones histórico, el Presidente señaló que para que las Naciones Unidas sigan siendo una Organización singular y verdaderamente universal, tienen que esforzarse por asegurar que todos los Estados que aún no son miembros ingresen a ella en el futuro cercano. Mi delegación apoya plenamente esa idea y recuerda que cuando firmamos la Carta de las Naciones Unidas, los cinco miembros permanentes del Consejo eran la República de China, Francia, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte y los Estados Unidos de América. En contra del principio de la universalidad, la República Popular de China no fue incluida. Nos complace que hace 24 años la Asamblea restableciera los derechos legítimos de la República Popular de China, de acuerdo con el principio de universalidad consagrado en la Carta y con la realidad de que se trata de la nación más poblada del planeta.

Veinticuatro años después, vemos que 20 miembros de África, Asia, el Caribe y América Latina, en una carta dirigida al Secretario General, pidieron que la Asamblea General en su quincuagésimo período de sesiones examinase la situación excepcional de la República de China respecto de Taiwán. Mi Gobierno está convencido de que la unificación de China se debe lograr pacíficamente y que es algo que deben resolver los propios chinos, en algún

momento del futuro. Sin embargo, vemos que había dos Alemani­as en las Naciones Unidas hasta que se reunificaron, hace más de cinco años, y que aún hay dos Coreas, ambas Miembros de la Organización. Confiamos en la capacidad de las Naciones Unidas de encarar debidamente este asunto pendiente de modo que la unificación de China sea tarea pacífica de los propios chinos.

Nos complacen las tendencias progresistas recientes del espectro económico mundial, aunque seguimos teniendo presente los factores inhibidores persistentes que explican la lentitud y el desequilibrio del crecimiento de la economía mundial. Pese al mayor número de países en desarrollo que participan como actores principales en la economía mundial, la magnitud de la creciente pobreza de más de mil millones de personas deja mucho que desear. El abismo entre los países desarrollados y los países en desarrollo se sigue ahondando y refleja no sólo la marginalización de éstos, sino también la socavación de los empeños por tener acceso al comercio internacional, las comunicaciones y la información.

Entretanto, se observa una crisis en la asistencia oficial al desarrollo, producto del estancamiento y la reducción de las fuentes de asistencia. Cabe señalar que es preciso una mayor cooperación para alcanzar algún logro y para enfrentar esos inquietantes problemas. Un criterio es volver a considerar el acuerdo relativo a la contribución del 0,7% del producto nacional bruto por parte de los países desarrollados a los programas de asistencia de los países en desarrollo.

La situación económica de la mayoría de los países africanos es crítica y precaria. Es cierto que la situación económica mundial afecta a todos los países en desarrollo, pero sus repercusiones en el África al sur del Sáhara son tremendas.

Si bien reconocemos que el desarrollo de África es principalmente responsabilidad de los africanos, los esfuerzos concertados de la comunidad internacional y de los países donantes completarán los empeños nacionales de los gobiernos africanos para poner coto a las tendencias negativas de sus economías.

Respecto al papel de la mujer en el desarrollo, creemos que la integración plena de la mujer en el proceso de desarrollo a todos los niveles es primordial. Apoyamos las conferencias celebradas en El Cairo, Accra y Taiwán, a comienzos de este año, y abogamos por la aplicación con éxito de las decisiones de la Conferencia Mundial sobre la

Mujer, recientemente celebrada en Beijing bajo el lema “Acción en favor de la igualdad, el desarrollo y la paz”.

Liberia, Miembro fundador de la Organización, pese a sufrir una guerra fratricida, se enorgullece de su modesta contribución desde la creación de las Naciones Unidas, especialmente con respecto a la descolonización de África y a sus aspiraciones de crecimiento económico y desarrollo. Al dejar atrás la guerra, el país renueva su compromiso ante la Organización. Estamos convencidos de que las Naciones Unidas son la mejor esperanza de un mundo justo y equitativo. Por tanto, los Estados Miembros tienen que aunar recursos y colaborar, no como competidores, sino como socios en pie de igualdad, con un objetivo común.

Liberia está decidida a recuperar el lugar legítimo que le corresponde en el concierto de naciones, merced a su larga historia y a su participación en la lucha por la paz, la cooperación y la prosperidad de todos los pueblos.

En su medio siglo de existencia, las Naciones Unidas han realizado esfuerzos por mantener la paz y la seguridad internacionales, así como por responder a las necesidades del público al que sirve. Hoy esas responsabilidades han aumentado y abarcan emergencias humanitarias urgentes que requieren la utilización de ingentes recursos. Se espera que los Estados Miembros brinden el apoyo correspondiente.

Cuando las Naciones Unidas tienen éxito, la gran mayoría de quienes dependen de los servicios que prestan escapan de la miseria, los sufrimientos y las privaciones. Este es el principio básico que debemos tener presente al ingresar la Organización en su 51º año de existencia. Pese a sus deficiencias, que debemos tratar de superar colectivamente, las Naciones Unidas representan la aspiración legítima de la humanidad de ser guardianes de nuestros hermanos. Volvamos a comprometernos con este importante objetivo para asegurar nuestra supervivencia y la de las generaciones futuras.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores y Cooperación de la República Islámica de Mauritania, Su Excelencia el Sr. Mohamed Salem Ould Lekhal.

Sr. Ould Lekhal (Mauritania) (*interpretación del árabe*): En nombre de la delegación de la República Islámica de Mauritania, me complace felicitar cálidamente al Sr. Diogo Freitas do Amaral, de Portugal, por haber sido elegido por unanimidad para ocupar el cargo de Presidente

de la Asamblea General en este período de sesiones. Estamos convencidos de que su habilidad personal es la mejor garantía de éxito de la labor en este período de sesiones, que coincide con la celebración del cincuentenario de la creación de las Naciones Unidas, lo que le confiere un carácter aún más especial.

Asimismo, quiero rendir homenaje a su predecesor, el Sr. Amara Essy, Ministro de Relaciones Exteriores de la hermana República de Côte d'Ivoire, quien dirigió la labor del cuadragésimo noveno período de sesiones de manera excelente y digna de encomio.

Deseo también aprovechar esta oportunidad para reiterar al Secretario General Sr. Boutros Boutros-Ghali la confianza de mi país y nuestro apoyo a sus esfuerzos para que la Organización pueda desempeñar plenamente el papel que le corresponde y logre aplacar los focos de tirantez en todo el mundo.

Anteriormente hemos indicado con claridad que el deterioro de las economías de los países en desarrollo y la ampliación de las divergencias que separan a los países ricos de los países pobres son las dos causas principales de la proliferación de guerras sangrientas y focos de tirantez en todo el mundo. Para los pueblos de los países en desarrollo, esas guerras son motivo de sufrimiento y destrucción, y los privan del derecho a vivir en dignidad, a gozar de la seguridad y la estabilidad y a aspirar a un futuro mejor.

Como hemos observado en el pasado, el hecho de que los programas de ajuste estructural no consideren debidamente los costos sociales de dicho ajuste y se centren en lograr el equilibrio macroeconómico, ha hecho que esos programas no hayan alcanzado los resultados positivos deseados. En este sentido, hemos expresado nuestro temor de que el deterioro de las condiciones económicas en los países en desarrollo limite el alcance de instrumentos internacionales tales como los convenios relativos al medio ambiente, y los programas que promueven los derechos del niño y la mujer, así como los derechos humanos en general.

Hoy tomamos nota de que, pese a la celebración de numerosas conferencias internacionales, como la Cumbre Mundial en favor de la Infancia, celebrada en Nueva York; la Cumbre para la Tierra, celebrada en Río de Janeiro; la Conferencia Mundial de Derechos Humanos, celebrada en Viena; la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, celebrada en El Cairo; la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, celebrada en Copenhague; y la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing,

aún no se vislumbra en el horizonte ninguna esperanza de hallar soluciones radicales a los diversos problemas que afectan a las personas más vulnerables en los países más pobres en todo el mundo en desarrollo.

Si bien esas conferencias internacionales y el documento titulado "Un programa de desarrollo" del Secretario General han definido los principales lineamientos para resolver esos problemas en el futuro, tomamos nota de que aún no se ha hallado una fórmula para aplicar esas políticas. Por el contrario, observamos que el deterioro de los términos de intercambio y la reducción de la asistencia oficial para el desarrollo son las dos causas principales del empeoramiento de la crisis económica que afecta a tantos países del tercer mundo.

La República Islámica de Mauritania, que desde 1984 ha desplegado esfuerzos para reestructurar su economía en un difícil clima local y mundial, realizó progresos considerables hacia la restauración del equilibrio macroeconómico y la reducción de su deuda externa, lo que ha sido comprobado por las instituciones financieras internacionales.

Al esforzarse por lograr esos objetivos, mi Gobierno ha seguido, de conformidad con la prudente dirección del Presidente de la República, Su Excelencia el Sr. Maaouya Ould Sid' Ahmed Taya, una política económica liberal que no descuida ningún aspecto del desarrollo económico y social.

Estos planes económicos abarcan los amplios sectores siguientes: la construcción de carreteras, la electrificación de ciudades, la lucha contra la desertificación, la construcción de redes de agua corriente, la lucha contra el analfabetismo, la promoción de la mujer y el desarrollo del niño, la generalización de la educación y la ampliación de la cobertura de los servicios sanitarios de la población. El Gobierno de Mauritania, al tratar de alcanzar esos fines, se centra en el desarrollo de los sectores agrícola, minero y pesquero que son la base de nuestra economía.

Habida cuenta de sus planes de desarrollo y sus políticas sociales el Gobierno de la República Islámica de Mauritania participó en todas las negociaciones que tuvieron como resultado la aprobación de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, que entró en vigor el 16 de noviembre de 1994, así como en las negociaciones que llevaron a la conclusión de la Convención internacional de lucha contra la desertificación en los países afectados por sequía grave o desertificación, en especial en África, firmada en París el 14 de octubre de 1994. Tenemos la ferviente esperanza de que la comunidad internacio-

nal movilizará los recursos necesarios para la aplicación de esa Convención, que beneficiará esencialmente a los países africanos más afectados por la sequía y la desertificación.

Las Naciones Unidas, que dentro de algunos días celebrarán su cincuentenario, hoy deben adaptarse a la realidad del mundo en general, a fin de que puedan enfrentar los conflictos regionales en un mundo en el que el progreso hacia la prosperidad se ve obstaculizado por crisis socioeconómicas muy complejas. Esta situación nos obliga a emprender las reformas estructurales necesarias y a movilizar los medios materiales y el apoyo moral necesarios que permitan a las Naciones Unidas cumplir con su misión.

Anteriormente hemos indicado aquí que el avance de la democracia y del respeto de los derechos humanos constituye el principal logro de la comunidad internacional y que, más allá del marco estrictamente local, la democracia debe aplicarse a las relaciones entre los Estados.

Por ello, hemos reiterado nuestro apoyo a los esfuerzos por ampliar la representación en el Consejo de Seguridad, a fin de respetar las normas de la transparencia democrática y el principio de igualdad entre los Estados. Habida cuenta de que el Consejo de Seguridad actúa en nombre de todos los Estados Miembros, de conformidad con el Artículo 24 de la Carta de las Naciones Unidas, es esencial que el Consejo refleje el carácter universal de la Organización.

El Sr. Abulhasan (Kuwait), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

También consideramos necesario reestructurar la Secretaría a fin de revitalizarla y mejorar su eficiencia. El Consejo Económico y Social debe ser reestructurado de tal manera que pueda cumplir con las tareas que le han sido asignadas. Las actividades de la Secretaría y los organismos especializados deben coordinarse para que los esfuerzos no se vean desperdiciados y los modestos recursos disponibles destinados a resolver los problemas del desarrollo puedan ser utilizados en forma óptima.

Dado que nuestra preocupación principal será siempre la búsqueda de la paz, mi país no ahorrará esfuerzo en apoyo de las iniciativas internacionales encaminadas a reemplazar la guerra y la tensión con la paz y la estabilidad en todo el mundo. Hemos alentado y continuaremos alentando el uso de la diplomacia preventiva con el fin de evitar nuevas tragedias humanas. Este enfoque siempre ha producido resultados satisfactorios.

En el Oriente Medio hay una profunda esperanza de que los esfuerzos internacionales desplegados desde la Conferencia de Madrid han de llevar al fin de la tragedia del pueblo palestino y devolverle su legítimo derecho a establecer su propio Estado independiente. Desde la firma de la Declaración de Principios sobre la autonomía de la Faja de Gaza y Jericó, el 13 de septiembre de 1993, el acuerdo de El Cairo del 4 de mayo de 1994, el acuerdo entre Jordania e Israel y finalmente el acuerdo de Taba, firmado en Washington el 28 de septiembre de 1995, que se refiere a la aplicación de la segunda fase de la Declaración de Principios, tenemos la esperanza de que la paz en el Oriente Medio se avizora ahora en el horizonte. Esperamos que habrá de progresarse en el camino del proceso de paz iniciado con Siria y el Líbano y que pueda hallarse una solución para todas las cuestiones humanitarias aún no resueltas vinculadas con este conflicto, que permita lograr una paz justa y duradera basada en los principios de mutuo respeto, cooperación fructífera y hermandad entre todos los pueblos de la región.

Es apropiado aquí felicitar a las partes directamente involucradas y a todos los países que desde cerca o desde lejos han apoyado los esfuerzos en pro de la paz. También alentamos a todas las partes interesadas a que continúen avanzando para que no se desperdicien las actuales oportunidades de paz. Si desdeñamos esas oportunidades, la situación se verá aun más complicada.

En esa misma región del mundo, lamentablemente, las secuelas de la guerra del Golfo aún siguen cobrando su tributo. La República Islámica de Mauritania desde un principio adhirió a la legalidad internacional y rechazó toda violación de la independencia e integridad territorial de la hermana Kuwait, e instamos a que se encuentre una solución para la cuestión de los prisioneros y detenidos kuwaitíes. Ahora desea declarar que rechaza todo aquello que pueda constituir un ataque contra la unidad y la integridad territorial del Iraq. Mauritania cree que ha llegado la hora de poner fin al sufrimiento del pueblo hermano del Iraq.

En el mismo contexto, el Estado fraterno de los Emiratos Árabes Unidos continúa reclamando su legítima soberanía sobre las islas de Greater Tunb, Lesser Tunb y Abu Moussa. Mauritania reitera su apoyo a los Emiratos Árabes Unidos a este respecto.

En el Magreb, las Naciones Unidas continúan sus esfuerzos para organizar un referendo sobre la libre determinación del Sáhara Occidental. Esperamos que las Naciones Unidas, que han gozado del pleno apoyo de nuestro país, habrán de superar los obstáculos que aún

subsisten y alcanzar el éxito en la organización del referendo dentro del límite de tiempo establecido por el Consejo de Seguridad, para lograr así un arreglo justo y definitivo de la cuestión del Sáhara.

Como lo hicimos el año pasado, al igual que en toda otra ocasión, reclamamos el levantamiento del embargo que pesa sobre el pueblo fraterno de Libia, a la luz de la declarada disposición de la Jamahiriya Árabe Libia a cooperar tanto con las Naciones Unidas como con las otras partes involucradas, puesto que el embargo va en detrimento de los intereses de todos los pueblos del Magreb.

En el África aún nos sentimos preocupados por la continuación de los conflictos armados que subsisten en varios países hermanos del continente. Si bien nuestros hermanos liberianos han alcanzado el éxito, mediante el diálogo, para concluir el Acuerdo de Abuja y establecer planes que esperamos llevarán a la restauración de la paz en ese país. La situación en Somalia, lamentablemente, no ha cambiado y su atribulado pueblo sigue viéndose amenazado por la exterminación merced a la guerra fratricida y la hambruna.

También tenemos la esperanza de que nuestros hermanos rwandeses podrán resolver sus problemas con éxito, alrededor de la mesa de negociación. Celebramos el progreso logrado por nuestros hermanos angoleños, cuyos esfuerzos llevaron a la firma de un acuerdo de paz y al arreglo de los problemas políticos. Esperamos que los esfuerzos sostenidos de las Naciones Unidas y la Organización de la Unidad Africana habrán de continuar hasta que esos pueblos hermanos puedan gozar de paz y puedan dedicarse a reconstruir lo que ha sido devastado por la guerra civil.

Advertimos con satisfacción que en Europa los países miembros de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) han adoptado una nueva posición respecto a la agresión serbia contra los musulmanes de Bosnia y Herzegovina. Quisiera expresar la esperanza de que en el futuro se demuestre una mayor determinación en el manejo de este difícil problema, hasta que los serbios convengan en una solución amplia y justa que garantice a todos los pueblos involucrados el derecho a la soberanía sobre su territorio y a vivir en paz dentro de fronteras internacionales reconocidas y seguras.

Las numerosas humillaciones sufridas por las fuerzas de las Naciones Unidas a manos de los serbios y las matanzas de musulmanes inocentes perpetradas por los serbios en Bosnia y Herzegovina hacen imperativo que la comunidad internacional, y en particular los miembros

permanentes del Consejo de Seguridad, impongan el respeto de la legalidad internacional y restauren la credibilidad de las Naciones Unidas, poniendo fin al derramamiento de sangre que ha tenido lugar durante varios años en esa parte del mundo.

La conmemoración del cincuentenario de las Naciones Unidas nos brinda la oportunidad de pensar seriamente sobre la forma de hallar los mejores medios para hacer frente a los desafíos de nuestro tiempo y equipar a nuestra Organización con la capacidad militar y los recursos materiales que le permitan encarar los problemas a nivel internacional, con una norma única, basada en los principios de igualdad y justicia.

Cabe decir lo mismo sobre las actividades de la Organización en las esferas del mantenimiento de la paz y la ayuda al desarrollo, así como en sus empeños por asegurar que el mundo goce de prosperidad, paz y hermandad y para promover la libertad, la democracia y el respeto de los derechos humanos.

Sr. Koba (República Centroafricana) (*interpretación del francés*): Acabamos de celebrar en junio el cincuentenario de la firma de la Carta de San Francisco, que continúa rigiendo hasta la fecha a nuestra Organización. En esta oportunidad todos los Estados Miembros pudieron medir el camino recorrido en 50 años en el designio de transformar nuestro planeta en una tierra en la que primen la paz, la libertad y la justicia.

No hace mucho tiempo, desde lo alto de esta tribuna, la República Centroafricana, por conducto de su Presidente, Su Excelencia el Sr. Ange-Félix Patassé, se interrogaba sobre el alcance y el sentido que había que dar a los acontecimientos importantes que no dejan de sacudir al mundo y que nos llevan a una toma de conciencia.

Mi país anticipaba entonces una nueva era de paz y seguridad en el mundo, como existió otrora en el Jardín del Edén y veía con beneplácito la idea de una cooperación justa y fructífera, sobre todo a favor de los países menos adelantados como la República Centroafricana. ¿Pero qué comprobamos actualmente?

Es tradicional que las Naciones Unidas se reúnan en Asamblea General para reflexionar sobre la manera en que se proponen asumir las responsabilidades que les competen en la conducción del destino de la humanidad, pero no hay duda alguna de que esa reflexión colectiva no puede llevarse a cabo sino respecto de los objetivos que se han fijado, a saber, la seguridad internacional y el desarrollo sostenible. Esto quiere decir que este período de sesiones,

más que ningún otro, reviste para la República Centroafricana, mi país, una importancia capital, ya que nuestra Organización universal deberá seguir preguntándose si efectivamente ha alcanzado plenamente sus objetivos.

También me complace sobremanera transmitir al Señor Presidente, y por su intermedio a esta augusta Asamblea, los deseos de éxito pleno y total de Su Excelencia el Sr. Ange-Félix-Patassé, Presidente de la República, Jefe de Estado que, con todo el pueblo centroafricano, deposita una profunda confianza y una fe inquebrantable en el futuro de nuestra Organización. Estoy seguro de que las grandes cualidades personales de Su Excelencia el Sr. Diogo Freitas do Amaral nos permitirán lograr un éxito completo en nuestras labores.

A Su Excelencia el Sr. Amara Essy, Presidente saliente, quisiera dirigir mis sinceras felicitaciones por el dinamismo, la competencia y la eficacia con que dirigió brillantemente el anterior período de sesiones de la Asamblea General de nuestra Organización, honrando también a toda el África.

Permítaseme también renovar mis sinceras felicitaciones a Su Excelencia el Sr. Boutros Boutros-Ghali, Secretario General, por la alta competencia, la constante disponibilidad y la eficacia sin par con que dirige las labores de nuestra Organización.

Desde el final de la guerra fría, todas las naciones tenían derecho a esperar un clima internacional más propicio a la concertación y al diálogo que al enfrentamiento como en el pasado. Los esfuerzos incansables de la comunidad internacional para lograrlo fueron encomiables, pese a las dificultades con que tropezó aquí y allá para establecer la paz y la seguridad, factores indispensables para todo desarrollo económico, social y cultural de las naciones.

Al respecto, debemos agradecer una vez más a la comunidad internacional, que participó en el surgimiento de una verdadera democracia en la República Centroafricana, cuya práctica cotidiana se aprecia fuera de sus fronteras. Fortalecido por esa conquista, mi país, mediante la práctica de una política de diplomacia preventiva y desarrollo, acaba de terminar la primera etapa del cambio, especialmente por la instauración de la confianza pública y la creación de instituciones democráticas, el saneamiento de las finanzas públicas, las esferas estrechamente vinculadas de la salud

y la educación y formación, y la aprobación y promulgación, el 14 de enero de 1995, de una nueva Constitución realmente democrática adoptada por una mayoría abrumadora. La Constitución instituye una política de descentralización con su corolario de la regionalización, a fin de hacer participar a la población en la obra de desarrollo y movilizar todos los recursos locales para mejorar el nivel de vida de las masas rurales.

La segunda etapa del programa de cambio previsto trata de los aspectos importantes como el desarrollo de la región, la apertura interior y exterior del país, la agricultura y la ganadería, la explotación de los recursos naturales y la gestión agroforestal.

Todos estos programas ambiciosos sólo pueden tener éxito si existe un clima de confianza y de paz en nuestra subregión, África central. Mi país lo ha comprendido muy bien al seguir una política de buena vecindad para que se instaure la paz tanto en el interior como en el exterior de la República Centroafricana. Así, contribuye constantemente al esfuerzo de prevención de los conflictos en el plano internacional, mediante la diplomacia preventiva.

País sin salida al mar, cuyo actual Gobierno de cambio se enfrenta a una pesada herencia multiforme, la República Centroafricana busca permanentemente medios logísticos de apoyo a los esfuerzos de desarrollo económico para posibilitar el aumento de la producción nacional y la lucha contra la pobreza.

Es por ello que los próximos programas de ajuste estructural deberían integrar necesariamente las dimensiones sociales puesto que, como lo dijo nuestro Primer Ministro y Jefe del Gobierno, la República Centroafricana no puede crear nuevas exclusiones sociales, nuevas clases desfavorecidas por estas reformas estructurales a veces muy restrictivas.

En momentos en que los esfuerzos de la comunidad internacional se intensifican para abatir los focos de tensión en el mundo, es más precisamente en los países menos dotados y más pobres que se registran cada día conflictos armados que provocan una destrucción masiva.

En particular en Somalia, donde después de la retirada de la Operación de las Naciones Unidas en Somalia (ONUSOM), se plantea con agudeza el difícil problema de la repatriación y reinstalación de cerca de 500 mil refugiados y 400 mil personas desplazadas, problema que requiere los esfuerzos de toda la comunidad internacional.

También en Burundi la situación preocupa a mi Gobierno, que no deja de alentar al Gobierno hermano de ese país a que salve la paz.

En cambio, mi delegación se complace por la Declaración Conjunta de Paz firmada por el Presidente de la República y el Primer Ministro, que permitirá, estoy convencido, reducir la tensión y la amenaza a la seguridad en Burundi, donde los problemas de la asistencia humanitaria a los refugiados apelan constantemente a la conciencia de toda la comunidad internacional.

En Rwanda, el órgano central para el mecanismo de prevención, gestión y solución de conflictos, de la Organización de la Unidad Africana (OUA), deberá funcionar plenamente para poner fin a los múltiples sufrimientos del pueblo hermano de Rwanda.

Mi delegación insta, por una parte, a retornar a la vida normal democrática en ese país hermano y, por otra, a la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas para Rwanda (UNAMIR) y al conjunto de la comunidad internacional, a que se preocupe más todavía por la cuestión de la seguridad y la de los refugiados y personas desplazadas.

En el mismo orden de ideas, en relación con Angola, mi delegación aprecia en alto grado la sensatez del Presidente Eduardo dos Santos y de su hermano el Sr. Jonas Savimbi, que han aceptado sellar definitivamente la paz mediante el Acuerdo de Franceville, gracias a la loable mediación del Presidente El Hadj Omar Bongo, de Gabón.

Mi delegación se preocupa por la situación en Sierra Leona, donde la guerra ya lleva cuatro años, ocasionando pérdidas considerables de vidas humanas y bienes.

En cambio, se complace por la evolución positiva en Liberia, donde todas las facciones armadas comprendieron la necesidad de deponer las armas y de sentarse a una misma mesa para buscar la paz, ya que esta guerra, que ha durado tanto, no tendrá vencedores ni vencidos.

La República Centroafricana celebra que nuestra Organización haya podido cambiar el curso de algunas situaciones cuya persistencia constituía un motivo de preocupación importante para la comunidad internacional. Pese a todas las situaciones de tensión que a veces son difíciles de controlar, hay que alegrarse de que los dos últimos años anteriores al cincuentenario de las Naciones Unidas hayan estado marcados por la liberación política total de África con el fin del *apartheid* y la instauración progresiva de la

democracia en diferentes lugares, a veces en contra de acciones retrógradas de dilación.

Citaríamos en especial el Oriente Medio, donde se han realizado avances importantes en el marco del proceso de paz en la región y donde las partes interesadas hacen diariamente esfuerzos reales dignos de encomio, pese a algunas dificultades prácticas que han encontrado en la ejecución de los compromisos contraídos.

Esta es la ocasión de felicitar a los pueblos de Israel y de Palestina por sus esfuerzos victoriosos y constantes que recientemente han conducido a la firma, el 29 de septiembre en Washington, de los acuerdos relativos a la segunda etapa de este proceso de paz.

Lo mismo ocurre en Chechenia, donde el acuerdo de paz recientemente concertado entre las partes contribuirá a asentar una paz verdadera y duradera en la región.

Por lo que respecta a la situación en Cachemira, pedimos a nuestros amigos de la India y del Pakistán que se pongan de acuerdo para encontrar soluciones negociadas en nombre de la justicia.

En cuanto a la situación en Bosnia y Herzegovina, el Gobierno centroafricano acoge con satisfacción los esfuerzos loables de Francia y de los Estados Unidos para calmar la situación. La comunidad internacional debería también hacer todo lo posible para llevar de nuevo la paz y la seguridad a Bosnia y Herzegovina, donde las presiones étnicas, nacionalistas o religiosas minan peligrosamente la estabilidad y la tranquilidad de esa región de Europa.

Nadie está al abrigo de estos conflictos de otra era, y la República Centroafricana se compadece con todos los países y pueblos que viven actualmente estas duras pruebas.

Las Naciones Unidas celebrarán dentro de unos días su cincuentenario sin haber conseguido el nuevo orden económico mundial tan deseado. Los países del Norte siguen siendo poderosos mientras que los del Sur están estancados con una asistencia oficial al desarrollo que se reduce y ha pasado del 0,38% en 1980 al 0,33% en 1993. Algunos donantes ya no cumplen sus compromisos mientras que África continúa viviendo sus miserias, sus calamidades naturales, sus migraciones y éxodos y quién sabe qué otras calamidades.

Por lo tanto, mi delegación estima que es urgente liberalizar el comercio mediante una reducción importante

de los derechos arancelarios y otros obstáculos al comercio, la eliminación del trato discriminatorio en las relaciones comerciales internacionales y mediante el estímulo del crecimiento económico mundial y el desarrollo sostenible en beneficio de todos los países y en particular de los países en desarrollo.

En efecto, la entrada en vigor el 1º de enero de 1995 del acuerdo por el que se instituye la Organización Mundial del Comercio (OMC) es oportuna ya que si se aplica plenamente resolvería muchos problemas de los países en desarrollo sin litoral, como la República Centroafricana. Y como dijo el Presidente Ange-Félix Patassé aquí mismo el año pasado,

“Para salvar al continente se requiere un verdadero Plan Marshall, ya que actualmente la asistencia multilateral y bilateral resulta insuficiente para impulsar un crecimiento sostenido y duradero.” (*Documentos Oficiales de la Asamblea General, cuadragésimo noveno período de sesiones, 19ª sesión plenaria, pág. 5*)

Mi delegación se encuentra entre las que sugieren claramente a los Estados Miembros más poderosos que contribuyan mediante su participación a la realización de los objetivos que figuran en la Carta para evitar que el mundo se dirija inevitablemente hacia el caos y la ruina.

Por último, por lo que respecta a la promoción de la democracia, los esfuerzos de las Naciones Unidas siempre serán insuficientes hasta que la República de China en Taiwán no haya sido admitida como Miembro de esta prestigiosa institución.

Como dijo el Excelentísimo Sr. Ange-Félix Patassé, Presidente de la República Centroafricana, en su llamamiento del año pasado, de acuerdo con el principio fundamental de las Naciones Unidas no hay naciones grandes y pequeñas ya que todas deben contribuir a la paz y el progreso universales en aras de un mundo justo, humano y democrático.

La democracia y el respeto de los derechos humanos fundamentales no tienen ni tendrán ningún sentido en tanto que la población laboriosa de la República de China en Taiwán no esté representada en esta Asamblea. En este sentido, sería justo tener en cuenta los precedentes existentes en materia de representación paralela de los Estados en el seno de las Naciones Unidas.

Habría que recordar lo que dijo el Presidente en la sesión inaugural del quincuagésimo período de sesiones de la Asamblea General, el 19 de septiembre de 1995:

“..., las Naciones Unidas han dejado de ser una organización intergubernamental con un número limitado de miembros y han pasado a ser la única organización internacional con carácter universal. Se deben realizar esfuerzos para garantizar que todos los Estados que aún no son miembros traten de ser admitidos en el futuro cercano. Por el mismo motivo, el castigo más serio que se pueda imponer a un Estado Miembro no debería ser nunca la expulsión, sino más bien la suspensión por un período indefinido, ya que, por una cuestión de principio, las Naciones Unidas deben incluir a todos los países del mundo.” (*Documentos Oficiales de la Asamblea General, quincuagésimo período de sesiones, primera sesión plenaria, pág. 7*)

El Gobierno de la República Centroafricana piensa asimismo que el culto de la paz y la seguridad internacionales nos debe prohibir toda operación de intimidación o de enfrentamiento que pueda perjudicar el acercamiento de los Estados y en particular debilitar la seguridad, lo que exige la admisión muy deseable de la República de China a las Naciones Unidas.

En cuanto a la reestructuración de las Naciones Unidas en este fin de medio siglo de vida, el Gobierno de la República Centroafricana está resueltamente convencido de que el único remedio al retraso en la intervención o contribución a la solución de las tensiones o conflictos declarados sigue siendo la descentralización del sistema. Esa descentralización debe comenzar con la representación democrática y equitativa de los Estados Miembros en el Consejo de Seguridad y a todos los niveles, regional, subregional y nacional. Consideramos que ésta es la única estrategia capaz de tener en cuenta las características geopolíticas y económicas.

En todo caso, este período de sesiones debe brindar la oportunidad de elaborar un nuevo organigrama para nuestra Organización y adaptar sus estructuras y funciones a la luz de nuestras conclusiones y de las observaciones pertinentes de los Estados Miembros.

Por su parte, la República Centroafricana se reserva el derecho a intervenir en los debates de las Comisiones y durante las ceremonias conmemorativas del cincuentenario

de las Naciones Unidas. En todo caso, todo debe contribuir para hacer del siglo XXI el siglo de África.

Para terminar, la República Centrafricana cree firmemente que sólo el respeto y la observancia del espíritu y la letra de la Carta de nuestra Organización nos permitirán realmente resolver los problemas a que nos enfrentamos en este fin de siglo, y espera que este período de sesiones marque una nueva etapa en la vía de una cooperación eficaz para el progreso y la paz del conjunto de la comunidad internacional.

El Presidente interino (*interpretación del árabe*): Doy ahora la palabra a la Ministra de Relaciones Exteriores del *Commonwealth* de las Bahamas, Su Excelencia la Sra. Janet G. Bostwick.

Sra. Bostwick (Bahamas) (*interpretación del inglés*): En nombre del Gobierno y el pueblo del *Commonwealth* de las Bahamas, felicito calurosamente al Sr. Diogo Freitas do Amaral por haber sido elegido Presidente de la Asamblea General en este histórico quincuagésimo período de sesiones. Confío en que, dadas su experiencia y su capacidad diplomáticas, ha de guiar a buen término la labor de este período de sesiones. Le aseguro el apoyo y la cooperación plenos de mi delegación.

También deseo manifestar el sincero agradecimiento de mi delegación a Su Excelencia el Sr. Amara Essy, Ministro de Relaciones Exteriores de Côte D'Ivoire, que presidió las labores del cuadragésimo noveno período de sesiones con gran distinción.

El Secretario General, Su Excelencia el Sr. Boutros Boutros-Ghali, ha continuando brindando una destacada conducción a esta Organización en el cumplimiento de sus tareas. Las Bahamas están especialmente agradecidas al Secretario General por sus esfuerzos incansables y visionarios en la búsqueda de la paz y la seguridad mundiales, el desarrollo y la cooperación internacional.

Los cambios registrados recientemente en el mundo han creado posibilidades sin precedentes tanto para el progreso como para el desastre en nuestro planeta. Sin embargo, todavía no hemos asumido la responsabilidad que ambas posibilidades requieren. Tenemos el mecanismo para este propósito; debemos tomarlo, reacondicionarlo y hacerlo funcionar. Esto exige el examen y la actualización de las instituciones y los procesos de cooperación internacional. Nuestras labores se ven sumamente facilitadas dentro del contexto del consenso mundial acerca de la necesidad de ese reacondicionamiento, incluida la adopción de nuevos

enfoques. Si aceptamos el adagio de que la forma sigue a la función, debemos decidir ahora qué es lo que queremos lograr y qué función tratamos de realizar. Entonces, surgirá naturalmente la forma de la estructura que asegure la ejecución eficaz de esa función.

Los redactores de la Carta estaban decididos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. Lo hemos logrado hasta ahora en cuanto se refiere a la guerra mundial. ¿Pero para qué hemos preservado a estas generaciones? ¿Cuál es su legado? ¿Cuál es su futuro? ¿Es suficientemente bueno como para preservarlas del inevitable destino de pobreza, ignorancia y enfermedad crónicas, de la amenaza de la aniquilación nuclear o de las consecuencias del aumento de la temperatura en el mundo? ¿Es suficientemente bueno como para preservar a estas generaciones para una vida en la que están en juego la seguridad y la existencia del propio planeta en el cual viven?

Resulta claro que los responsables del establecimiento de los parámetros de acción en el pasado no han logrado el resultado que no sólo es deseable sino también necesario para garantizar un futuro estable, seguro y viable. La pregunta que se plantea ahora es quién decide la asignación de responsabilidades. ¿Es posible que los países más directamente interesados hayan abdicado de sus responsabilidades, con el resultado de que ahora su destino reside en las manos de aquellos cuyos intereses están, en el mejor de los casos, en competencia?

Es lógico que aquellos que tienen que perder y beneficiarse más asuman la iniciativa en la fijación de los contornos del programa para el proceso que desemboque en la clase de orden que dé coherencia a sus ideas y proporcione los medios necesarios para la obtención de sus objetivos. Esto ofrece a los países en desarrollo, como las Bahamas, oportunidades y desafíos sumamente importantes. Uno de los retos principales consiste en asegurar que nuestra relación con nuestros asociados del mundo sea de verdadera interdependencia y no de dependencia enmascarada, en la que la mayoría de la humanidad sólo es un actor subordinado, ciudadanos de países marginados y en la periferia del cambio mundial.

La interdependencia auténtica, junto con un verdadero sentido de interconexión, eliminaría el deseo de la acción unilateral. En este sentido, nos inquieta y decepciona la decisión de dos Estados nucleares de proseguir con los ensayos nucleares después de los solemnes compromisos asumidos en la Conferencia de las Partes encargada del examen y la prórroga del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP), de 1995. La esperanza de la

comunidad internacional había radicado en una moratoria total de los ensayos, hasta que entrara en vigencia el tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares, prevista para fines del año próximo.

Las Bahamas se sienten especialmente complacidas por el hecho de que Bill Clinton, Presidente de los Estados Unidos, manifestara el 6 de agosto pasado el compromiso inequívoco de su Gobierno de poner fin a todos los ensayos de armas nucleares y de concluir las negociaciones sobre un tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares.

A pesar de la disminución de la tirantez que se ha observado en el mundo desde el fin de la guerra fría, el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales sigue siendo una de las preocupaciones principales para las Naciones Unidas. Las controversias religiosas y territoriales han planteado a la comunidad internacional nuevos desafíos y la necesidad de brindar soluciones adecuadas.

De todos los conflictos regionales que hoy existen en el mundo, debe mencionarse en especial la situación en la ex Yugoslavia. En este sentido, debo expresar la decepción de mi delegación ante la prosecución de las hostilidades en esa región. Esperamos que tengan éxito los esfuerzos que ahora realizan las partes interesadas con miras a llegar a una solución negociada que ponga fin a ese conflicto.

También acogemos con beneplácito el reciente acuerdo sobre la expansión del gobierno provisional palestino. Esto constituye un importante avance en el proceso de paz del Oriente Medio.

La delegación de las Bahamas tiene la esperanza de que durante este quincuagésimo período de sesiones de la Asamblea General se realicen todos los intentos posibles por tomar decisiones que respalden los esfuerzos orientados hacia el mantenimiento de la paz y la seguridad mundiales.

Con gran sentido de la responsabilidad, las Bahamas adoptan una posición firme sobre la rehabilitación y la reconstrucción de Haití. Participamos en los esfuerzos de las Naciones Unidas tendientes a lograr el regreso del Presidente Aristide a Haití. Esta es una segunda oportunidad para ese país. Observamos que desde el regreso del Presidente Aristide han disminuido las burdas violaciones de los derechos humanos y se ha iniciado el proceso democrático, con la primera y la segunda series de elecciones.

Las elecciones, no obstante, son sólo el comienzo. Lo que se necesita es una ayuda masiva, tanto técnica como financiera, para crear el marco institucional y de

infraestructura adecuado que facilite un rápido desarrollo en Haití.

El Primer Ministro de las Bahamas ha declarado en numerosas ocasiones:

“Nosotros, en la comunidad internacional, hemos vendido al pueblo haitiano una serie de bienes. Les hemos dicho que la democracia les traerá paz, estabilidad y desarrollo económico y social. Debemos asegurar ahora la prestación de servicios posteriores a la venta.”

El tiempo es esencial. No puede permitirse que el pueblo de Haití pierda las esperanzas de que su situación puede mejorar. Debemos asegurarnos de que nuestra inversión a la fecha reciba los beneficios correspondientes. Para lograrlo, se requiere una estrategia que garantice que no habrá de volver a repetirse la situación que dio lugar a la crisis inicial.

Tenemos ahora indicios de que alguna parte del pueblo de Haití ya ha comenzado a perder las esperanzas. Hace unas pocas horas se me ha comunicado que fueron encontrados 216 nuevos refugiados en aguas de las Bahamas. Ello hace que el número de nuevos refugiados que han arriesgado sus vidas en el mar haya ascendido en el último mes a más de 1.000. No puede permitirse que esto continúe. El Gobierno de las Bahamas, conjuntamente con los asociados de la Comunidad del Caribe (CARICOM), reitera su compromiso de desempeñar la parte que le corresponde en la rehabilitación de Haití.

Los cambios ocurridos en el sistema internacional también han contribuido a que los Estados se percataran de que debe prestarse ahora igual atención a la seguridad ambiental. Resultan ilustrativas al respecto las cuestiones vinculadas con la realización de ensayos nucleares, el movimiento transfronterizo de desechos peligrosos y radiactivos y el estar preparados para hacer frente a los desastres naturales, que constituyen una preocupación considerable para nosotros en la región del Caribe.

Los desastres naturales han causado estragos en muchos pueblos y países. Las Bahamas hacen llegar el testimonio de sus sentimientos y de su apoyo a nuestros Estados hermanos del Caribe y a los Estados Unidos de América, que han sido víctimas recientes de este fenómeno. Alienta a las Bahamas el apoyo dado por el sistema de las Naciones Unidas, el CARICOM y otros países, con inclusión del Japón, el Canadá, los Estados Unidos y el Reino Unido, para la rehabilitación de los países afectados.

Un enfoque nuevo requiere una nueva actitud y un nuevo compromiso de poner en práctica aquellos aspectos del orden actual que si bien pueden ser potencialmente efectivos sólo se han empleado en el mejor de los casos en forma selectiva. Hay que volver a descubrir el respeto de las normas jurídicas, los derechos humanos básicos y la dignidad del individuo. Resulta necesaria al efecto una base ética firme para asegurar la integridad y la honestidad en el cumplimiento de los acuerdos. Ello se torna cada vez más importante dentro del contexto del efecto globalizante del comercio y de la tecnología en materia de comunicaciones. En la medida en que se eliminen las barreras comerciales debemos asegurarnos de que las barreras étnicas y culturales no se erijan en su reemplazo, de modo tal que no se produzcan situaciones de intolerancia o controversias entre los Estados por razones étnicas, religiosas o territoriales.

Igualmente importante para este nuevo enfoque es el reconocimiento del papel desempeñado por dirigentes anteriores que tuvieron intervención en nuestros problemas, dentro de los cuales las cuestiones de preocupación nacional e internacional se desarrollaron tradicionalmente a nivel intergubernamental. Resulta necesario ahora reconocer que los individuos y las instituciones, tanto públicas como privadas, deben hacer su aporte. Debe ser inclusive una conducción o una gestión efectivas.

Sin embargo, su puesta en práctica no implica obviar la responsabilidad de los gobiernos de conducir sus asuntos de una manera tanto democrática como transparente, facilitando de este modo las explicaciones o informaciones pertinentes. La democratización debe significar una garantía de libre participación, de modo que se refleje plenamente en las acciones de los gobiernos la voluntad expresada por los pueblos. Esa democratización tampoco debe estar limitada a los Estados sino que debe extenderse a todo el sistema internacional y sus diversos componentes. Como uno de los principales elementos de ese sistema, las Naciones Unidas deben reflejar esta democracia en sus órganos de adopción de decisiones, tal como el Consejo de Seguridad. Las Bahamas han seguido las deliberaciones del Grupo de Trabajo que se ocupa de la reforma del Consejo de Seguridad con gran interés y con la esperanza de que la dinámica de esos debates pueda mantenerse con el fin de alcanzar consenso acerca de dichas cuestiones en una fecha temprana.

Una vez más, las Bahamas desean dejar constancia de su apoyo a los esfuerzos de la República de China en Taiwán, de solicitar de esta Organización que examine la conveniencia de establecer un Comité Especial encargado

de analizar con amplitud las consecuencias actuales y las futuras derivaciones del impedimento según el cual 21 millones de personas en la República de China no puedan prestar su contribución a la Organización ni valerse de todos los beneficios derivados de la condición de ser Miembro de las Naciones Unidas y de sus organismos afiliados. Las Bahamas también suman su voz en apoyo de quienes alientan el diálogo y la adopción de pasos significativos de fomento de la confianza entre la República Popular de China y la República de China en Taiwán.

El Gobierno de las Bahamas se compromete a defender los principios democráticos y de buen gobierno que implican el respeto de la dignidad y de los derechos humanos, así como estructuras democráticas firmes en las que participen todos los estratos de la sociedad. Un contexto de esa índole facilita la descentralización de la toma de decisiones hacia las comunidades que, en última instancia, son las que se verán afectadas por ellas.

La filosofía de mi Gobierno se basa en los siete principios siguientes:

Primero, el ejercicio de la honestidad y la responsabilidad en todas las cuestiones de carácter público;

Segundo, el desarrollo y fortalecimiento de la economía mundial de modo tal que todos los pueblos puedan aspirar a niveles de vida adecuados y aceptables, así como a una mejora significativa de la calidad de sus vidas;

Tercero, el compromiso de proporcionar al sector privado incentivos, estímulos y un marco para revitalizar y ampliar la economía del mundo a efectos de generar oportunidades sostenibles de empleo para toda la población;

Cuarto, la extensión de las oportunidades de educación y capacitación, y el desarrollo de servicios recreativos adecuados para que los jóvenes estén equipados para carreras que ofrecen desafíos así como para encarar la vida con un sentido orientador;

Quinto, el establecimiento de programas sociales solidarios para ayudar a quienes dentro de la sociedad tienen necesidad de una mayor asistencia;

Sexto, la creación de un medio ambiente físico y social tan bello y seguro como sea posible, para que todos los seres humanos puedan gozar plenamente de la belleza y del encanto del mundo, sin temores, obstáculos ni intimidaciones;

Séptimo, el desarrollo de armonía y confianza mutua entre los pueblos del mundo, independientemente de sus diferencias religiosas, raciales, económicas o sociales.

Mi Gobierno reconoce el papel vital de las mujeres en todos los aspectos de este proceso. Trata de asegurar que ellas participen en la conformación y estructuración de sus destinos mediante la remoción de todas las barreras que se oponen a su acceso a los niveles de adopción de políticas para la sociedad así como a su plena participación en el proceso de toma de decisiones.

Es satisfactorio observar que la mayoría de las esferas de especial preocupación identificadas en la Plataforma de Acción de la reciente Conferencia Mundial sobre la Mujer han sido abordadas de forma adecuada en las Bahamas.

Mi Gobierno, en el cumplimiento de sus responsabilidades en la conformación de este nuevo orden fuera de las Bahamas, tratará de garantizar que sus prioridades nacionales tengan cabida en el programa internacional y en las organizaciones que tratan estas materias. No podemos acusar a la comunidad internacional de falta de acción si nosotros no le suministramos el liderazgo necesario.

Hacemos extensiva esa actitud a nuestro compromiso de garantizar que las Naciones Unidas, que siguen siendo el mejor instrumento para abordar ese programa, funcionen sobre una base financiera sólida al asegurar que nuestras contribuciones se paguen plenamente y a tiempo. Alentamos a otras naciones a hacer lo mismo. Es una parodia que, en momentos en que a la Organización se le ha encargado el papel vital de la gestión de los asuntos internacionales, se encuentre al borde de la bancarrota y que hasta la fecha sólo 60 de los 185 países Miembros hayan cumplido plenamente sus obligaciones financieras.

Nuestra responsabilidad frente al futuro está en nuestras manos. Los fundadores de esta Organización pusieron unos cimientos sólidos. Lamentablemente, la estructura erigida sobre ellos ha resultado inadecuada para las necesidades de la familia. Asegurémonos de que al renovar nuestra Organización se tengan en cuenta todas las preocupaciones, para que no sólo suministremos abrigo, sino también calor y seguridad.

El Presidente interino (*interpretación del árabe*): Doy la palabra al Jefe de la delegación de la República de Burundi, Su Excelencia el Sr. Terence Nsanze.

Sr. Terence Nsanze (Burundi) (*interpretación del francés*): Las Naciones Unidas conmemoran sus 50 años de

existencia. Hoy tenemos que hacer inventario de sus progresos y sus éxitos y de sus insuficiencias desde su creación, pero también, sobre todo, hay que estudiar y evaluar su experiencia para asegurar mejor su futuro que, a fin de cuentas, es también el futuro de la humanidad.

El pueblo burundiano, al que tengo el honor de representar ante esta augusta Asamblea, atribuye gran importancia a este período de sesiones que debería representar una llamada de atención a todos los Estados Miembros de la Organización en pro de la supervivencia y del progreso del mundo en su conjunto.

En Burundi se han emprendido varias actividades encaminadas a sensibilizar a la opinión sobre los fines y los propósitos de las Naciones Unidas. Podemos asegurar a esta honorable Asamblea que nuestro país aprecia en su justo valor el papel eminente que han desempeñado y siguen desempeñando las Naciones Unidas para ayudar a Burundi a volver al camino de la paz y la seguridad.

Nos complace que este período de sesiones de la Asamblea General, destinado a ser el detonador para su propia redinamización, esté presidido por el Sr. Diogo Freitas do Amaral, dotado de altas cualidades intelectuales y morales y de una amplia experiencia política y diplomática. Su país y el mío mantienen relaciones amistosas en todas las esferas. Las razones aquí invocadas justifican las felicitaciones bien merecidas que mi delegación le expresa y la colaboración que tendrá el placer de ofrecerle para el éxito de su noble misión.

También rendimos un vibrante homenaje a su predecesor, Su Excelencia el Sr. Amara Essy, Ministro de Asuntos Exteriores de la República de Côte d'Ivoire. Del principio al fin de su mandato, se dedicó a la misión que exigía la evolución actual de las Naciones Unidas. En este sentido, el Ministro Amara Essy trabajó brillantemente para promover nuestra Organización a través del mundo y abogó vigorosamente por el reforzamiento y el prestigio de las Naciones Unidas.

Aprovechamos esta feliz ocasión para expresar nuestro sincero reconocimiento a Su Excelencia el Sr. Boutros Boutros-Ghali, Secretario General de las Naciones Unidas, a quien tuvimos el honor y el placer de recibir en Bujumbura en julio pasado. Le estamos muy agradecidos por su profundo compromiso en favor de la paz, la seguridad y el desarrollo en el mundo. El importante mensaje llamando a la paz y la reconciliación nacional que dirigió al pueblo burundiano en particular y a África en general todavía resuena en nuestros oídos.

Han pasado dos años desde que, en esta misma tribuna, Su Excelencia el Presidente Melchior Ndadaye, puesto a la cabeza del Estado burundiano mediante elecciones democráticas, dirigió a la Asamblea General de las Naciones Unidas un mensaje de paz, amistad, fraternidad y solidaridad. Tras el condenable asesinato del Presidente Ndadaye el 21 de octubre de 1993, mi país se hundió en una crisis política, institucional, social y económica que perdura hasta hoy. Sin embargo, pese a la desolación y las matanzas políticas y étnicas, el pueblo de Burundi no se dejó llevar por la desesperación. En un arranque de optimismo, los partidos políticos legales y los representantes de la sociedad civil se reunieron en el Foro de Negociaciones y llevaron a cabo debates profundos para sacar al país del abismo en que lo habían sumido los enemigos de la patria. Los debates, largos y laboriosos, llevaron a la firma de la Convención Gubernamental el 10 de septiembre de 1994, seguida del restablecimiento de la institución presidencial y de un Gobierno de coalición nacional.

Agradecemos mucho el apoyo determinante que nos proporcionaron las Naciones Unidas para que los burundianos recuperaran la paz y la seguridad. Desde el estallido de la crisis, el Secretario General de las Naciones Unidas mandó allí a su Enviado Especial. Después nombró como su Representante Especial a Su Excelencia el Embajador Ahmedou Ould Abdallah, a quien expresamos nuestro agradecimiento por su paciencia y su acción incansable en pro del acercamiento de las diferentes partes políticas, a pesar de la profundidad de sus divergentes puntos de vista en los momentos más agudos de la crisis. Las Naciones Unidas enviaron a Burundi dos delegaciones sucesivas compuestas de eminentes embajadores del Consejo de Seguridad y presididas por una prestigiosa figura africana, Su Excelencia el Embajador Ibrahim Gambari, de Nigeria, para brindarnos consejo y traernos un mensaje de paz y consuelo. Otras delegaciones de las Naciones Unidas y de varios organismos internacionales del sistema de las Naciones Unidas vinieron a testimoniarnos su apoyo y solidaridad. En el marco de la promoción de los derechos humanos y la educación para la paz y la tolerancia, se establecieron en Burundi el Centro de las Naciones Unidas de Derechos Humanos y la Casa de la Paz, de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

La Organización de la Unidad Africana (OUA) merece también nuestro profundo agradecimiento, ya que desde el inicio de la crisis se ha dedicado en forma notable a la búsqueda de soluciones adecuadas para que Burundi pudiera recuperar la paz y la estabilidad. La labor que ha llevado a cabo la organización panafricana debe atribuirse

fundamentalmente a su Secretario General, Su Excelencia el Sr. Salim Ahmed Salim, quien desplegó recursos diplomáticos y humanos considerables y fue sucedido por su Representante Especial, Su Excelencia el Embajador Léandre Bassole, de Burkina Faso, quien trabajó muy noblemente en pro del bienestar de Burundi.

Hacemos llegar nuestra gratitud a los países amigos por la ayuda multiforme que no han dejado de brindarnos, y muy particularmente a los países hermanos que han dado abrigo a los refugiados burundianos. Estamos trabajando a fin de que esos compatriotas puedan regresar a su patria en condiciones de total seguridad, y al mismo tiempo estamos consagrados a solucionar el problema de las personas desplazadas.

El Pacto de Gobierno mencionado anteriormente, cuyo primer aniversario acabamos de celebrar, nos ha permitido poner en marcha las instituciones y órganos del Estado y los diferentes mecanismos jurídicos y políticos que permitirán el restablecimiento de la confianza y la colaboración entre los asociados políticos.

La primera misión que se nos ha asignado en función de ese Pacto consiste en restablecer la paz y la seguridad en el país. Luego se tratará de restaurar los derechos de los refugiados y de las personas desplazadas, es decir, de facilitar su retorno a sus propiedades y de garantizarles en una primera etapa el suministro de productos de primera necesidad hasta que ellos mismos puedan hacerse cargo de ello.

Asimismo, el Gobierno tiene la intención de emprender el programa de reactivación económica y de reconstrucción del país. Pese a ello, si nuestra subregión continúa produciendo refugiados y sirviendo de terreno propicio para la circulación ilícita de armas mortíferas esa situación constituirá una fuente permanente de inseguridad y desestabilización para los países afectados. Cuando en febrero de este año fuimos anfitriones en Bujumbura de la Conferencia regional sobre asistencia a los refugiados, los repatriados y las personas desplazadas en la región de los Grandes Lagos, organizada bajo los auspicios de la OUA en colaboración con la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Refugiados, se llegó a una serie de conclusiones y se aprobó una serie de resoluciones. Hoy nos damos cuenta de que el camino a recorrer sigue siendo largo, pues las resoluciones aprobadas siguen siendo letra muerta.

En efecto, es importante que la comunidad internacional se movilice más para ayudarnos a erradicar las causas por las que nuestra zona interlacustre sigue siendo inestable

y frágil. Pensamos que, ante todo, sería necesario que todo el mundo hiciera una misma lectura de nuestra historia y, sobre todo, la asumiera como tal y reflexionara profundamente sobre las soluciones duraderas y definitivas que se puedan aportar a esta situación conflictiva.

Por nuestra parte, consideramos que el problema fundamental de Burundi se encuentra en el nivel de la concepción del poder, el acceso al poder y la gestión del poder entre los diferentes protagonistas políticos de la comunidad nacional.

Podemos afirmar que el conflicto que tiene lugar en Burundi está lejos de ser étnico, como muchos medios políticos y de difusión tienden a propagar. El fondo del problema sigue siendo esencialmente político. Por ello, las soluciones que se deben prever están condenadas a ser también soluciones políticas. Debemos rechazar y denunciar a quienes abogan en favor de una política de exclusión, segregación y exterminio, que genera crisis, inestabilidad y conflictos reiterados. Condenamos la ideología del odio, de la violencia y del genocidio, que ha sido explotada por muchos políticos deseosos de acceder al poder o de mantenerse en él a cualquier precio.

La crisis que vivimos data del comienzo de nuestra independencia y tiene orígenes profundos en la organización y gestión del país en la época colonial. Los diferentes regímenes que se han sucedido en Burundi también han resultado impotentes para solucionar esta ecuación. Esta tarea corresponde en primer lugar al propio pueblo burundiano, respaldado —y no sustituido— por el apoyo de la comunidad internacional.

Depositamos nuestras esperanzas en la Conferencia internacional sobre la paz, la estabilidad y el desarrollo en la región de los Grandes Lagos, que será organizada bajo los auspicios de las Naciones Unidas con el objetivo de elaborar soluciones adecuadas, duraderas y definitivas. Damos las gracias al Secretario General de las Naciones Unidas por haber nombrado a un diplomático africano para la preparación de esta Conferencia, a la que mi país asigna una gran importancia.

Por otra parte, mi delegación formula un llamamiento a los países vecinos para que consientan en neutralizar a quienes, desde sus territorios, desestabilizan el nuestro. En efecto, sería ilusorio querer sofocar el incendio desde el interior mientras que en el exterior milicias, bandas o grupos de malhechores se organizan y entrenan para atacar a Burundi.

Hoy el país hace frente a ataques lanzados en forma conjunta por el *Parti pour la Libération du Peuple Hutu (PALIPEHUTU)*, el Frente de liberación nacional (FROLINA), el abusivamente denominado *Conseil National de Défense de la Démocratie (CNDD)* y su brazo armado, curiosamente denominado Fuerzas de Defensa de la Democracia (FDD), que están en colusión con las fuerzas político-militares responsables del genocidio cometido en nuestro vecino, Rwanda.

A esos ataques se suma otra fuerza desestabilizadora, que es la emisora clandestina cínicamente denominada “Voz del Pueblo o Radio de la Democracia”, que inculca el odio étnico en el seno de los componentes de la población burundiana y contribuye a la difusión de una ideología de tipo neonazi en esta región del África central a finales del siglo XX. Contamos con la valiosa ayuda del país vecino y hermano, con el cual compartimos la geografía y la historia y mantenemos relaciones sumamente estrechas, para dismantelar este medio del odio que recuerda en múltiples sentidos la tristemente célebre *Radio-Télévision Libre des Milles Collines (RTL)*, que galvanizó las masacres cometidas el año pasado en Rwanda.

Aprovechamos esta ocasión para reafirmar aquí la adhesión indefectible del Gobierno de Burundi a los principios de buena vecindad y de no injerencia en los asuntos internos de otros Estados. Asimismo, respetamos los acuerdos y convenciones bilaterales, regionales e internacionales que Burundi ha suscrito libremente. De conformidad con este compromiso, el Gobierno de Burundi desea que nuestros vecinos inmediatos y nuestros asociados comprendan correctamente nuestros problemas y los de nuestra región. Deberían percatarse del carácter complejo y delicado de estos últimos, para que al tratar de ayudarnos a encontrar soluciones eviten arrojar aceite al fuego.

Sabemos que solos no podremos lograr soluciones armoniosas, satisfactorias y duraderas. Por ello, acogemos con los brazos abiertos las diversas mediaciones orientadas a ayudarnos a salir de la crisis actual y a estabilizar nuestra subregión. Pese a ello, no queremos que estas mediaciones ocasionen otros problemas inesperados vinculados a la injerencia en nuestros asuntos internos.

Hemos iniciado una campaña de restablecimiento de la paz, con el apoyo del Gobierno, de la Asamblea Nacional y de los partidos políticos signatarios del Pacto de Gobierno. Estamos decididos a dismantelar a las bandas armadas, tanto si provienen del interior como del exterior. Nuestros esfuerzos por restablecer la paz serían vanos si no

lucháramos por erradicar el fenómeno de la impunidad, que se ha agravado con la crisis actual de nuestro país. En ese marco, se ha presentado a las Naciones Unidas una petición para la creación de una comisión judicial internacional de investigación de los crímenes cometidos en Burundi. Expresamos nuestra gratitud al Consejo de Seguridad por haber creado esa comisión.

En ese sentido, estamos contemplando igualmente la posibilidad de organizar en un futuro próximo un debate nacional acerca de los problemas fundamentales del país, con miras a adoptar un pacto nacional de coexistencia pacífica entre todos los componentes de la nación y una nueva Constitución adaptada a las realidades actuales del país.

En estos últimos tiempos, el Presidente de la República, Su Excelencia el Sr. Sylvestre Ntibantunganya, ha realizado consultas con exponentes de varios sectores sociopolíticos, intelectuales, militares, representantes de distintas confesiones religiosas, mujeres, y pronto lo hará a la juventud, que está tan decepcionada, para pedirles sugerencias que contribuyan al restablecimiento rápido de la paz en Burundi. Fue forzoso admitir que todo el mundo aspiraba a la paz, la justicia y el desarrollo. Por eso nuestros asociados no deben perder las esperanzas ni desesperarse respecto de Burundi. El programa de reconciliación y reconstrucción nacionales exigirá una movilización de fondos considerables que Burundi no puede reunir por sí sólo. La reinstalación y la reinserción de nuestros desplazados, repatriados y dispersados, la reconstrucción de las infraestructuras socioeconómicas destruidas, el encuadramiento de nuestra juventud y la reactivación del aparato productivo en su conjunto constituyen las preocupaciones principales de mi Gobierno.

Exhortamos a la comunidad internacional a que nos apoye firmemente para que podamos realizar ese vasto programa. Esperamos que nuestros asociados respondan positivamente a la mesa redonda general de proveedores de fondos prevista para dentro de poco en Ginebra con miras movilizar los recursos financieros necesarios para la reconstrucción de Burundi.

En cuanto a la subregión de los países de la región de los Grandes Lagos, Burundi alienta al Gobierno de Rwanda a que continúe su política de reconciliación nacional y a que cree las condiciones de seguridad y paz favorables para que los refugiados rwandeses regresen a su patria. Por su parte, la comunidad internacional debe velar por que los responsables del genocidio rwandés sean castigados conforme a las resoluciones pertinente del Consejo de

Seguridad. Pedimos encarecidamente a los países de la subregión que cooperen plenamente con el Tribunal Internacional para Rwanda, que fue creado con ese fin.

Con respecto a la crisis de Somalia, mi país espera que los protagonistas se pongan de acuerdo para formar un Gobierno de consenso amplio. Invitamos a nuestros hermanos somalíes a que depongan las armas y trabajen por la reconciliación nacional, que es el único camino que les llevará a conseguir la paz y poder consagrarse por fin a la reconstrucción de su país.

En lo que se refiere a Angola, nos complace el diálogo constructivo que se ha establecido entre el Presidente José Eduardo dos Santos y el dirigente de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), Jonas Savimbi. Éste es un hecho positivo que, esperamos, ha de llevar a una cesación completa de las hostilidades que durante tanto tiempo han enlutado al pueblo hermano de Angola. También abrigamos la esperanza de que las partes apliquen estrictamente el Protocolo de Lusaka, con el fin de que Angola pueda recobrar la paz. Exhortamos a las Naciones Unidas a que aceleren el despliegue de las fuerzas previstas en el marco de la Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Angola (UNAVEM III).

Saludamos también los progresos realizados en Liberia, en el Oriente Medio y en la ex Yugoslavia. Esperamos que los acontecimientos recientes en la ex Yugoslavia no empeoren aún más la situación ni obstruyan el camino que lleva a la solución que hace tanto tiempo espera la comunidad internacional.

La constatación de la configuración política de las Naciones Unidas revela una paradoja extraña: mientras los focos de controversia se concentran en África, el empobrecimiento bate allí todos los récords, y numerosos desastres naturales y humanos se confabulan contra ella, muchos medios internacionales se esfuerzan por reducir a nuestro continente a la condición de pariente pobre. Así, en momentos en que celebramos el cincuentenario de nuestra Organización, de los cinco continentes, África es el único que está excluido de la representación permanente en el Consejo de Seguridad.

Pero los peligros que asedian a África, tanto internos como externos, deberían hacer que se la sitúe en el centro de las deliberaciones y decisiones dedicadas a la paz y la seguridad. Aparte de esa realidad, la democratización de las Naciones Unidas es un imperativo categórico. Por lo tanto, hacemos un voto ferviente por que se realice una compaginación verdadera entre el surgimiento de la democracia a

escala de los Estados Miembros y la reforma de las Naciones Unidas, de manera que África pueda tener acceso a los escaños permanentes del Consejo de Seguridad.

Según los principios de la democracia, las reformas proyectadas al sistema de las Naciones Unidas deberían hacer que se adjudicara a nuestro continente la parte del león, habida cuenta de dos hechos: por un lado, que África tiene el derecho de hallarse entre los miembros permanente del Consejo de Seguridad por ser una entidad colectiva de gran envergadura, y por el otro, que África debe participar en el Consejo de Seguridad en proporción a su importancia numérica. Una vez que se franquee esa doble barrera, África estará lista para seleccionar a los Estados que estén mejor preparados política, diplomática, económica y demográficamente para ocupar un lugar permanente en el Consejo de Seguridad en nombre de todo el continente.

En los albores del siglo XXI, Burundi es sumamente consciente de que las Naciones Unidas siguen siendo la fuente de salud para la raza humana. Con ese punto de vista, mi país reitera y reafirma su compromiso indeclinable con los ideales y los objetivos de las Naciones Unidas. Traduciendo su compromiso en acto concreto, el Gobierno de Burundi, aunque golpeado de lleno por los efectos de la coyuntura económica internacional y la grave crisis nacional que ya lleva dos años completos, acaba de entregar más de 76.000 dólares de los Estados Unidos como contribución al presupuesto ordinario de las Naciones Unidas. No obstante, Burundi no puede dejar de destacar la necesidad imperiosa de que esta Organización mundial se transforme en un escudo omnipresente de la paz, la seguridad y el progreso. Para conseguirlo tiene que evolucionar con los tiempos, convertirse realmente en foro universal en el que todos los países, independientemente de sus divergencias políticas, económicas, geográficas y demográficas, se reúnan y se alíen para decidir el destino de la humanidad.

Esta metamorfosis a la que tanto aspiran los países que componen las Naciones Unidas, requiere que los Estados Miembros y los otros organismos acreditados que trabajan a tal fin no sólo muestren una voluntad política, sino también y sobre todo, un genio creador capaz de revitalizar e insuflar una nueva vida a la Organización, para permitirle afrontar los desafíos de este siglo que está en su crepúsculo y adaptarla a las cuestiones vitales de un planeta que se encamina inexorablemente hacia el tercer milenio.

El Presidente interino (*interpretación del inglés*): Hemos escuchado al último orador en el debate general de esta sesión.

Dos delegaciones han manifestado su deseo de intervenir en ejercicio del derecho a contestar.

Me permito recordar a los miembros que las declaraciones en ejercicio del derecho a contestar están limitadas a 10 minutos para la primera intervención y cinco para la segunda, y las delegaciones deberán hacerlas desde sus asientos.

En una sesión anterior de la Asamblea General, el representante del Afganistán, habiendo ya ejercido su derecho a contestar, indicó que se reservaba el derecho a realizar su segunda intervención en una fecha posterior. Por consiguiente, su segunda intervención se limitará a cinco minutos.

Daré ahora la palabra a los representantes que deseen formular declaraciones en ejercicio del derecho a contestar.

Sr. Ghalib (Afganistán) (*interpretación del inglés*): El martes, por segunda vez, la delegación del Pakistán, ejerciendo su derecho a contestar, volvió a utilizar un lenguaje y opiniones abusivos al referirse al Estado Islámico del Afganistán. Mi delegación consideró que era necesario responder al tono de esa declaración. Sin embargo, tras analizar el contenido de la declaración de la delegación pakistaní, no hallamos nuevos elementos aparte de aquéllos a los que ya respondimos. El contenido de su declaración era irrelevante, inmerecido e indicativo de una política evidentemente antagonista e intervencionista.

En su declaración en ejercicio al derecho a contestar, la delegación del Pakistán no proporcionó respuestas sobre los servicios pakistaníes de inteligencia militar o su papel en la ocupación de Herat. De hecho, un agente pakistaní llamado Coronel Amir Imam está actuando entre bastidores como gobernador de la ciudad afgana.

Es decepcionante que no hayamos podido hacer ver a la delegación de Islamabad —y no me referiré a ella como el “régimen” de Islamabad— que “nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas”, hemos prometido respetar el derecho de cada nación soberana e independiente a determinar y dirigir sus propios asuntos internos.

Estamos plenamente comprometidos con este principio tan importante, y esperamos que la delegación pakistaní comprenda que la violación de este principio no es sino injerencia en los asuntos internos de los demás. Por ello no nos referiremos a la trágica situación actual en Malakand, Karachi y otras zonas del Pakistán.

Como bien saben los miembros de la Asamblea, la delegación pakistaní se refirió varias veces a la composición étnica del Afganistán. Esto podría interpretarse como una incitación abierta al odio étnico entre el pueblo del Afganistán. De conformidad con la legislación de muchos países del mundo, la incitación al odio étnico entre los pueblos se considera un delito aborrecible y punible. Incluso se están realizando esfuerzos a nivel internacional por considerar esta acción como delito internacional.

Por ello no hablaré de los conflictos étnicos en el propio Pakistán. Por ejemplo, no debatiré quién es una mayoría o una minoría en Karachi, quiénes lanzan grandes cohetes contra edificios del Gobierno, ni discutiré el grado en que el Gobierno civil del Pakistán está administrando Karachi.

Por último, pero no menos importante, cito unas palabras sabias conocidas de todas las naciones desde los tiempos antiguos: “Los que viven en casas de cristal no deben arrojar piedras al tejado ajeno”.

Sr. Gussot (Francia) (*interpretación del francés*): Dos delegaciones se han referido a Francia, sin citar su nombre, en relación con los recientes ensayos nucleares que ha realizado. Una delegación en particular pidió a mi país que realizara sus ensayos “en su propio territorio”. A este respecto, mi delegación desea recordar algunos hechos.

En primer lugar, la Polinesia francesa es parte integral de Francia. Por tanto, estamos realizando esos ensayos nucleares subterráneos en nuestro territorio. Es más, el Presidente de la República Francesa ha recordado públicamente los motivos históricos por los que se están realizando esos ensayos en los territorios franceses del Pacífico y no en el territorio metropolitano. Durante la creación de una instalación para ensayos nucleares, naturalmente, Francia escogió establecerla en una zona escasamente poblada. En cualquier caso, la inocuidad de nuestros ensayos nucleares subterráneos ha quedado ampliamente demostrada y recientemente ha vuelto a ser confirmada por distinguidos científicos franceses y extranjeros.

Finalmente, mi delegación quiere recordar que la serie de ensayos más recientes, que no contraviene nuestros compromisos, ya que una moderación extrema no es lo mismo que una prohibición, permite a Francia estar a favor sin reservas —y fuimos la primera Potencia nuclear en hacerlo— de la opción más estricta y satisfactoria sobre el tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares que se está negociando, es decir, elaborar para 1996 un tratado que prohíba completamente todos los ensayos nucleares y explosiones de cualquier magnitud.

Se levanta la sesión a las 18.30 horas.